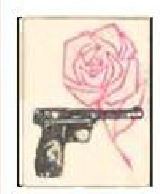


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Contrato para una espía

A la mejor espía del mundo le ofrecen un contrato de medio millón de dólares por trabajar una semana (recordemos: son dólares de los años sesenta). Ella acepta y parte hacia el exótico país llamado Trópico. Allí chocará finalmente con los oscuros protagonistas de las sordas luchas que las grandes potencias sostenían por la consecución del petróleo del mundo, sin desdeñar el que pudieran obtener de pequeños países como Trópico, país que nunca ha existido más que en la imaginación del autor. Actualmente, las luchas por lo mismo son más descaradas y brutales, aunque dotadas de la desfachatez del disimulo y de la mentira flagrante que a nadie engaña aunque la tolere.



Lou Carrigan

Contrato para una espía

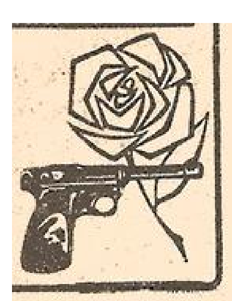
Brigitte en acción - 039

ePub r1.1
Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El empleado del garaje subterráneo sufrió una especie de parálisis demoledora. El cigarrillo le cayó de los labios al suelo, y su boca quedó abierta en el más clásico gesto del pasmo. Y así estuvo hasta que la bellísima espía llegó junto a él, sonriendo, divina como nunca con su vestido de noche, su fina piel dorada, sus maravillosos ojos azules, su inconfundible silueta…

—Buenas noches, Jonás —saludó Brigitte Montfort, auténtica aparición celestial—. ¿Está limpio el coche?

—Eee… Buuu… Aaaa…

—¿Qué te pasa? —se alarmó la divinísima—. ¿Estás enfermo?

—Sa… Sa… Santo ci-cielo, señorita Montfort… ¡Está usted que mata a los hombres!

—¿Cómo podría yo matar a nadie? —rechazó Brigitte.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Los mata de amor, de belleza, de elegancia, de gusto de vivir, de…! ¡No hay derecho!

—¿A qué no hay derecho? —inquirió riendo la periodista-espía.

—A que habiendo bombonazos como usted en el mundo uno tenga que conformarse con mascar chicle de cinco centavos.

—Así es la vida, Jonás —rió aún más Brigitte—… Bueno, confórmate con tu chicle y dime si tengo el coche preparado.

—Seguro que sí. Cuando su ama de llaves me avisó esta tarde me dediqué solamente a su automóvil… Por usted yo sería capaz de limpiarle los bigotes a un viejo que acabase de comer sopa. ¿Le gusta cómo ha quedado su coche?

La divina seguía riendo. Como premio a los desvelos de Jonás le permitió ver un instante fugacísimo sus rodillas al hacer el gesto para sentarse ante el volante de su coche, un descapotable que siempre tenía en el garaje subterráneo del Crystal Building, en el cual, además, ocupaba un lujoso apartamento en el piso veintisiete. Sin dar tiempo a Jonás a desmayarse de admiración Brigitte puso el

coche en marcha enseguida y partió rampa arriba. En cuestión de segundos aparecía en el vado en la acera de la Quinta Avenida, al pie de la imponente y elegante mole del mencionado Crystal Building. Esperó un claro en la riada de coches y pasó a la calzada, incorporándose al denso tráfico en ruta hacia su punto de destino.

Siempre era puntual, al extremo de llegar con holgura de tiempo a todos los sitios. Desde luego la fiesta de aquella noche, en el pequeño palacete que poseía el secretario del alcalde de Nueva York, no prometía ser muy divertida, pero sí interesante. Y ella, como representante periodística del Morning News, debería estar allí, a fin de que en la siguiente edición del diario apareciese el correspondiente artículo comentando la fiesta y algunas conversaciones habidas en ellas y que…

—¿Señorita Montfort?

La voz la sobresaltó, si bien brevemente. Tenía demasiada sangre fría para alterarse demasiado. Sin embargo, sí quedó intrigada, porque aquella voz masculina había sonado dentro de su coche, en el cual, naturalmente, estaba segura que no había nadie más que ella.

—En efecto —asintió serenamente—. Soy Brigitte Montfort.

—Siga conduciendo normalmente, y, por favor, no se distraiga. Lamentaría mucho que le ocurriese un tonto accidente de tráfico a tan genial espía.

—Es usted muy amable, señor. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—De momento omitiremos mi nombre. ¿Quiere pasar una mano bajo su asiento? Busque en la parte metálica de la derecha.

Brigitte obedeció. Enseguida encontró el pequeño artefacto magnético allí adherido. Lo miró con curiosidad un tanto irónica, brevemente, prestando su máxima atención al tráfico de la Quinta Avenida.

—Ya tengo el aparatito. ¿Y ahora?

—Colóquelo ante usted en el salpicadero, en contacto con cualquier parte metálica, donde quedará fijo, pues está imantado. Seguramente debe oírme mejor ahora, ¿no es así?

—Algo mejor —asintió Brigitte, colocando el aparato en el salpicadero—. Esto me parece divertido. Espero que no haya pretendido impresionarme con la «gran hazaña» de poder acceder al

interior de mi coche para colocarme este aparato. Hasta un principiante encontraría una de las mil maneras de hacer estas cositas.

—De acuerdo. En cambio, convendrá conmigo en que hay pocas maneras de ganar medio millón de dólares en una semana.

—Convenido. Si sabe el truco dígamelo, por favor. Últimamente he gastado demasiado dinero, y me gustaría… revitalizar un poco mi cuenta corriente.

—Sé el truco.

—Magnífico. ¿Los ha ganado usted en alguna ocasión?

—Yo no. Pero usted sí puede ganarlos.

—Me parece interesante. ¿Qué tendría que hacer?

—Trabajar.

—¿Tengo que escribir algún artículo?

—Su trabajo sería de espía. O sea, lo suyo de verdad. Su capacidad es altamente apreciada en ciertos círculos. Reúne usted todo lo que precisa una buena espía: aparente ingenuidad, decisión, crueldad, inteligencia, bondad… Es usted una mezcla extraordinaria.

—Soy sencillamente sensacional, en efecto —rió la divina—. Bien, ¿cuál es su proposición?

—Tendrá que viajar, y, posiblemente, matar a un hombre. Quizás a dos…, quizás a tres.

—Espero que no pasen de la docena. ¿Por qué tengo que matar a ese o esos hombres?

—Porque existe un traidor y por lo menos un agente enemigo. El traidor va a proporcionar ciertos documentos al agente o agentes enemigos de mi país. Entonces tendremos que recuperar esos documentos y matar al traidor y al espía que está en tratos con él.

—Comprendo. ¿Por qué no se encargan ustedes mismos de ese asunto? Deben de ser muy eficientes, si los juzgo por la medida de usted.

—Es usted muy amable. Pero lo cierto es que no queremos que nadie de nuestro país intervenga en esto. Pretendemos que, si la cosa llegase a saberse con mayor o menor exactitud, las muertes de esos hombres sean consideradas como asunto ajeno a la buena marcha de nuestra patria. Podría parecer una… rencilla entre agentes de diversas potencias.

—Ya entiendo. ¿Quién es el hombre a matar?

—¿Acepta?

—Por ahora sólo me siento muy interesada.

—Le pagaríamos el medio millón de dólares en billetes usados, imposibles de rastrear y que, por supuesto, usted no tendría por qué declarar como… ingresos. Medio millón de dólares es una cantidad lo bastante respetable como para abrir una cuenta con número clave en cualquier banco de Suiza.

—No necesito que nadie me diga cómo manejar mi dinero… ¿De qué país es usted?

—No estoy autorizado para decírselo, por el momento… a menos que usted acepte. Naturalmente consideramos que una aceptación verbal suya es una garantía total de cumplimiento de contrato.

—Soy muy formal —sonrió Brigitte—. Y usted muy amable. Dígame al menos una cosa: ¿le conozco a usted?

—No.

—Pero usted a mí sí. Quiero decir físicamente.

—Por supuesto. Y me parece bellísima.

—Divina, señor mío: divina —corrigió Brigitte.

—También, además de bellísima. ¿Acepta el contrato?

Sin duda la situación era por demás extraña: una hermosa mujer que se hallaba hablando en su coche con un diminuto aparato por medio de cual, aparte de quinientos mil dólares, le ofrecían la mayor tentación a la más bella y inteligente espía del mundo: la aventura. Era como ofrecer agua al sediento. Pero además se hablaba de una aventura en la que intervenía el espionaje. Y decir espionaje era hablar de turbios manejos, de manipulación de masas, de secretos peligrosos, de posibles posturas bélicas o de revoluciones en ciernes… En definitiva, de cosas que, más o menos directamente, podían afectar perjudicialmente a miles o millones de seres humanos inocentes…

Así que la respuesta de la señorita Montfort fue rotunda:

—Lo acepto.

—Magnífico… Y muy agradecido.

—Demuéstreme su agradecimiento pagándome esos quinientos mil dólares.

—Los tendrá, en su lugar de destino…, cuando haya hecho el

trabajo.

—Ya. Bien, le escucho.

—Ya no puedo decirle más, por mi parte. Mi cometido era éste: ponerme en contacto con usted y ofrecerle el trabajo. Aceptado éste, deberá hablar a continuación con otra persona.

—Muy bien, pues que hable esa otra persona.

—Dentro de unos pocos minutos…

—Mire, me dirijo a una reunión de compromiso, y no dispongo de tiempo para perder.

—Usted va a la fiesta del secretario del alcalde de la ciudad, lo sabemos. Precisamente encontrará allá a su siguiente interlocutor, que le dará las ultimas instrucciones. Dígale usted que ya ha hablado con Roque, y él le dirá lo que tiene que hacer en lo sucesivo.

—De acuerdo. Usted es Roque, claro.

—Sí. Y la persona con la que tendrá que hablar se llama Sebastián Torres. Esto es todo, señorita Montfort. Gracias por su aceptación y buenas noches. Que se divierta.

—Gracias. ¿Qué hago con este aparatito?

No hubo respuesta, y Brigitte no insistió. Miró por el retrovisor, pero vio demasiados coches para poder tan siquiera sospechar en cuál de ellos iba el hombre con el que acababa de hablar.

Quince minutos después entraba con el automóvil en la quinta donde estaba invitada aquella noche.

Cruzó las verjas mirando hacia la iluminada casa, y condujo lentamente por el sendero de grava, por entre cedros y abetos. La gran escalinata que conducía a la puerta de entrada estaba brillantemente iluminada, y en ella se veían algunos criados recibiendo a los invitados. Una fiesta elegante, cuidada en todos sus detalles.

Detuvo el coche ante la escalinata, e inmediatamente un criado le abrió la portezuela, haciéndose cargo del coche acto seguido para estacionarlo en un lado del amplio jardín. Mientras tanto Brigitte entraba en el palacete, donde el secretario del alcalde de Nueva York y su esposa le dieron la bienvenida. Todavía estaba saludándolos cuando ya veía a Miky Grogan, impecable en esmoquin, haciéndole señas desde el fondo del vestíbulo. Ya cumplimentados sus anfitriones Brigitte se dirigió directamente

hacia Grogan, que estaba con los ojos en blanco, extasiado.

—Buenas noches, amado jefe. ¿Se divierte?

—Hija de mi alma —casi tartamudeó Grogan—… ¡La van a asesinar esta noche!

—¿Asesinarme? ¿Quién, cómo, cuándo…?

—Las demás mujeres, con la mirada, y apenas la vean. Las deja usted convertidas en esperpentos… ¿Puedo contar con que será usted mi pareja durante toda la noche?

—Pues… no.

—Grac… ¿No?

—No.

—Pero Brigitte… ¡Yo la amo!

—Pero me paga muy poco. ¿Sabe cuánto puedo yo ganar en una semana, querido jefe tacaño?

—¿Cuánto? —Gruñó Grogan.

—Quinientos mil dólares.

—¿Quinien…? Bueno, déjese de tonterías y vamos a beber algo… Me he preocupado de que tengan guindas para su champán.

—Es usted maravilloso. Tacaño, pero maravilloso… ¿Conoce a mucha gente de la reunida aquí hoy?

—A bastante gente.

—Vaya diciéndome sus nombres a medida que yo se los vaya indicando.

—Usted también conoce a la alta sociedad de…

—Esta noche me interesan los desconocidos.

Entraron en el gran salón, y, en el acto, hubo una suspensión de conversaciones, de sonidos, de movimientos. Hubo ese breve instante de petrificación admirativa. Enseguida se alzaron algunos murmullos. Finalmente, aunque un tanto lentas, las conversaciones se reanudaron.

—Se lo advertí —deslizó Grogan—. En estos momentos usted ha sido asesinada por dos docenas de miradas.

—Y acariciada por otras dos docenas —rió Brigitte—. Como la cortesía es indispensable temo que deberemos perder unos minutos saludando a mis asesinas y admiradores.

Durante quince minutos Brigitte se dedicó a saludar, a sonreír, a aceptar con resignación la envidia de las otras mujeres y con halago las miradas de los hombres. Después, con Miky Grogan siempre a su

lado, se dirigió al bufé, donde pidió una copa de champán… con guinda, naturalmente. Había muy pocas personas que no conociese, y Grogan asumió el papel de anfitrión clandestino señalándoselas discretamente.

Cuando llegó al hombre alto, de hombros recios, muy tostado por el sol, apuesto, de mirada viva e inteligente, Brigitte ya presentía cuál era el nombre que su jefe iba a pronunciar.

—Aquel es Sebastián Torres, ministro de Relaciones Internacionales de un pequeño país llamado Trópico. Una isla, en realidad. Muy pequeña. Está por encima de las Antillas, en el Atlántico. Su nombre es debido a que la isla está en pleno Trópico de Cáncer, a veintitrés grados y quince minutos de latitud norte y a sesenta grados de longitud oeste. Obtuvieron la independencia hace apenas medio año.

—Gracias por la lección histórico-geográfica —dijo con dulce ironía Brigitte—. ¡Menos mal que le tengo a usted a mi lado para describirme el mundo! ¿Y qué hace ese hombre en Estados Unidos?

—No lo sé.

Brigitte lo miró con simpático desprecio.

—¿Y de verdad es usted el jefe de un diario de la gran importancia del Morning News?

—Demonios, Brigitte… —masculló Grogan.

—Ni demonios ni ángeles. Yo me ocuparé de averiguar eso. ¿Le parece bien al inteligente jefe de mi periódico? ¿O considera que no vale la pena molestarse en obtener una noticia en la que, según parece, los restantes periódicos tampoco han puesto interés?

—Lo pusieron. Unas líneas…

—Nosotros haremos mucho más. Creo que voy a conversar con el señor Sebastián Torres, querido. ¿Me perdona?

Se alejó inmediatamente, dejando a Miky Grogan entre confundido e irritado en el bufé. Llegó cerca de su objetivo, pero esperó unos segundos, próxima a la salida a la terraza, a que Sebastián Torres terminase su conversación con dos damas y un caballero. Entonces el tropicano se volvió hacia ella, elegante, tranquilo. Con una sonrisa en los labios Brigitte se le acercó, y dijo:

—Roque le envía saludos.

—Espléndido —sonrió a su vez Torres—. Eso quiere decir que usted ha aceptado el trabajo, señorita Montfort.

—En efecto.

—Debo decirle que se lo agradezco mucho, en nombre de mi país. Imagino que ya debe de haberse enterado de algunas cosas respecto a él.

—Sé las suficientes, espero. Incluso su cargo político en tan simpático lugar.

Sebastián Torres sonrió virilmente. Debía de tener treinta y cinco años, y, sin duda, era el hombre idóneo para causar agrado dondequiera que estuviere.

—Sólo soy un pobre ministro de un pobre país. Le aseguro que no tengo demasiado trabajo.

—Pues tanto mejor —sonrió la divina—. Dígame, señor Torres: ¿a quién tengo que matar?

El apuesto ministro alzó las cejas, con gesto de censura.

—No es indispensable matar. Sólo si fuese absolutamente necesario deberíamos llegar a eso.

—Lo cual me place. Oficialmente, señor Torres, estoy conversando con usted para enterarme de cosas concernientes a su flamante patria y publicarlas en el Morning News. Pero entre nosotros: ¿qué le parece si salimos a dar un paseo por el jardín para hablar de cosas… diferentes?

—Es una buena idea. Salieron los dos a la terraza, y de aquí descendieron al jardín. Se sentaron en un banco, y Torres ofreció un cigarrillo a la espía internacional.

—Tabaco de mi país. No es malo, aunque sí un poco fuerte. También producimos café, cacao, caña de azúcar, y diversos frutos tropicales: piña, cocos, bananas… Nos defendemos bien.

—Lo celebro. ¿Cuándo piensa empezar a contarme lo que nos interesa ahora a ambos?

Capítulo II

Sebastián Torres encendió un cigarrillo para sí, expelió el humo, y estuvo mirándolo pensativo unos segundos.

—El hombre al que tendrá que vigilar se llama Carlos Cienfuegos. Es el encargado de sacar de Trópico los documentos de los que sin duda le habló Roque.

—Los mencionó, pero no dijo a qué se referían.

—Bien… Digamos que son comprometedores para Trópico, señorita Montfort. Como es natural, siendo ahora un estado independiente, Trópico puede establecer cualquier clase de relaciones con el país o países que más le plazcan. Sin embargo, quizá cierto inicio de relaciones con determinado país no satisfaría a otros países y se permitiesen una intervención más o menos directa que nosotros, los tropicanos, no deseamos en modo alguno… ¿Me comprende?

—Desde luego. Espero que esas relaciones no sean con países belicistas.

Torres hizo un gesto vagó con la mano.

—Le aseguro que Trópico no piensa complicarse la vida. Simplemente consideramos que nuestros… secretos de Estado deben seguir siéndolo. La idea de que un traidor proporcione documentos de los que ustedes llaman Top Secret a otros países no nos agrada.

—Es natural.

—Gracias por su comprensión. Bueno, nosotros no queremos que esos documentos salgan de Trópico. Son nuestros, entiéndalo bien, y un agente de otra nación no tiene derecho a ellos. Como le he dicho, sospechamos de un hombre llamado Carlos Cienfuegos…

—¿Es el traidor?

—No, no… Cienfuegos no es tropicano. Su pasaporte es mejicano, pero tenemos la sospecha, casi la seguridad, de que es falso. Naturalmente nos sería fácil en extremo expulsar al señor

Cienfuegos de Trópico sin darle demasiadas explicaciones. Incluso podríamos conseguir que desapareciese para siempre. Pero eso no nos interesa. Tememos, y espero que usted admita la lógica de este temor, que una vez muerto Carlos Cienfuegos nuestro traidor pudiese ponerse en contacto con otro agente extranjero. Y si matásemos a éste vendría otro, y otro, y otro…

—Entiendo. Ustedes quieren cortar el mal de raíz.

—Exactamente. Queremos al traidor… Una vez eliminado éste los agentes extranjeros ya no tendrán nada que hacer en Trópico. Para desgracia nuestra, si bien sospechamos de Carlos Cienfuegos no tenemos, en cambio, ni la más pequeña idea respecto a cuál de nuestros altos estadistas puede ser el traidor. No hace mucho tuvimos la certeza de que ciertos documentos habían sido… manipulados. Creemos, con nuestra parca experiencia en asuntos de espionaje, que fueron microfotografiados. «Casualmente», en aquellos días el señor Cienfuegos emprendió un viaje urgente a Méjico… y volvió enseguida. Eso nos intrigó un poco, y derivamos hacia aquella anomalía en los documentos secretos de Estado. Entonces empezamos a vigilar al señor Cienfuegos. Digamos, para resumir, que su vida es… irregular. Y falsa. Nos tomamos la molestia de enviar un par de hombres a Méjico, donde los documentos de Cienfuegos indican que éste tiene su residencia… No es cierto.

—Oh.

—Eso nos molestó mucho, y, ciertamente, pensamos en pedirle cuentas. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que no era conveniente. Resultaba obvio que teníamos un traidor y que, posiblemente, dicho traidor y los viajes del señor Cienfuegos estaban relacionados. Fue entonces cuando se nos ocurrió que precisamente utilizando a Carlos Cienfuegos podemos llegar a descubrir a nuestro traidor. ¿Le parecemos ingenuos?

—No. Es una maniobra muy clásica.

—Somos un poco torpes, lo sé.

—Bueno, es posible que ustedes no sean genios del espionaje…, pero imagino que para vigilar al señor Cienfuegos no precisan de mi ayuda. Sin embargo, me ofrecen…

—Perdón… Perdón, señorita Montfort. Se lo explicaré. Nuestras relaciones con determinados países, aclaradas en ciertos

documentos, pueden molestar a otros países, como le he dicho antes. El señor Cienfuegos no es, creemos, súbdito de ninguno de los países con los cuales sostenemos relaciones… privadas. Pero, aunque nosotros sepamos eso, no podemos matarlo por nuestra cuenta, pues su país podría molestarse mucho. Y no queremos enemigos. No podemos permitirnos esos lujos.

—Comprendo. Ustedes han pensado que si alguien que no es tropicano mata al señor Cienfuegos el país de éste no podrá… disgustarse con Trópico. Simplemente creerán que a Cienfuegos lo ha matado un agente de otro país…, de cualquier país que no sea Trópico. De este modo ustedes eliminan a Cienfuegos, a su traidor interno que le vende o le regala documentos, y nadie puede reprocharles nada ni sentirse irritados con Trópico.

—Es usted muy inteligente —asintió Torres—. Me congratulo de haberla contratado. Es cierto: no queremos que ningún país tenga nada contra Trópico.

Brigitte sonrió irónicamente.

—Temo, señor Torres, que usted no ha tenido en cuenta que si bien esos países no tendrían nada contra Trópico sí podrían tener algo contra Estados Unidos, ya que yo soy estadounidense.

—Oh, bueno… Hemos pensado en eso, claro… Tampoco pensamos comprometer a Estados Unidos. Usted llegará a Trópico con pasaporte tropicano. Será hija de tropicanos, que marchó del país hace años…, y ahora vuelve a la patria libre. Más adelante, si fuese necesario, nosotros «descubriríamos» que su pasaporte es falso. Pero entonces, claro, sería ya muy difícil averiguar la nacionalidad auténtica de la desaparecida Margarita Luján.

—O sea, que tendré que llamarme Margarita Luján.

—Espero que eso no la moleste.

—Todo sea por no comprometer a mi patria.

—Cierto. Bien…, creo que eso es todo. Queremos el nombre del traidor y el medio de que se vale para la obtención de esos secretos de Estado. De él nos encargaremos nosotros, los tropicanos. En cuanto al señor Cienfuegos es cosa suya. Usted, sobre el terreno, decidirá si debe morir o no. Bien entendido que no debe haber vacilaciones por su parte: si hay que matarlo esperamos que lo haga sin contemplaciones. Nosotros queremos un espía pagado que sepa cumplir su trabajo hasta el último extremo, hasta su total

capacidad, sea lo que sea lo que tenga que hacer.

—Lo entiendo perfectamente. Pero quizá mi estancia en Trópico se prolongue más de una semana si tengo que estar esperando que el señor Cienfuegos haga algo… revelador.

Torres sonrió secamente.

—Antes de una semana se ha de proceder, en Trópico, a la firma de ciertos documentos muy importantes. Estamos convencidos de que nuestro traidor y el señor Cienfuegos tendrán que hacer algo. Entonces podremos verlos en pleno vuelo.

—Magnífico. Así da gusto trabajar.

—Y… Bueno, respecto a los quinientos mil dólares los tendrá usted cuando todo haya terminado.

—Así lo espero. Hay algo que quiero decirle, señor Torres: en mi vida muchas personas han querido engañarme. Sería estúpido por mi parte intentar hacerle creer a usted que soy superinteligente y que todo lo adivino y todo lo resuelvo a mi favor. En realidad yo debería haber muerto ya varias veces si ello fuera posible, pero no sé por qué, he salido siempre con bien de todo. Yo terminaría diciendo que tengo una inmensa suerte para salvar la vida y devolver ciento por uno.

Torres sonrió. Parecía divertido.

—¿Desconfía de mí?

—Lo que ocurre es que siempre me reservo la última opinión sobre una persona, cosa o suceso. Jamás confío del todo en los desconocidos, y a veces ni siquiera en los que son o parecen amigos. Eso me ha salvado varias veces. Pero, sobre todo, más que mi astucia o desconfianza, está esa insólita gran suerte mía que me saca con bien de todo. No es aconsejable intentar engañarme.

—Lo tendré en cuenta. A mi vez, por supuesto, debo rogarle la más absoluta discreción.

—Naturalmente.

—Quiero decir que ni siquiera la CIA debería saber nada de esto. Es un trato… personal entre usted y Trópico. Todo quedará en el más absoluto secreto.

—De acuerdo. Así se hará, señor Torres. Pero hay algo que me tiene intrigada, y que usted deberá aclararme a menos que prefiera que yo me eche atrás y no haga ese trabajo.

—Pregunte.

—¿Cómo me localizaron? ¿Quién pudo hablarles con tanta información y exactitud de mí y de mis actividades… especiales?

—Un vecino de Trópico cuyo padre dirige otro pequeño país. Bueno, el vecino es el país de ese hombre, se entiende; está relativamente cerca de Trópico.

—¿El nombre de esa persona?

—Él previno que usted me lo preguntaría, y me dijo que le bastaría como respuesta una sola palabra: Nathan.

—¿Él? —musitó Brigitte—. ¿Nathan le envió a mí?[1]

—Así es. Nathan y yo somos buenos amigos.

—En ese caso no queda más que hablar.

—Veo que confía en Nathan.

—Absolutamente. ¿Cuándo debo salir y quién me proporcionará los documentos a nombre de Margarita Luján?

—No se preocupe por eso. Acabe felizmente la fiesta y regrese a su apartamento. Todo se irá arreglando convenientemente sobre la marcha, se lo aseguro.

—De acuerdo. Ah, una Pregunta: ¿le veré a usted en Trópico?

—Por supuesto. No me perdería por nada del mundo lo que pueda suceder allí. Tengo entendido que es… asombroso verla trabajar a usted. Pero no estaremos en contacto, por el momento. Ya le digo que las cosas irán sucediendo como… como improvisadas. Usted, según su inteligencia, experiencia o intuición, siga la corriente y vaya resolviendo problemas de acuerdo a su propio criterio.

—Perfecto. Ahora, si le parece, podríamos hablar de algunas cosillas de su país… Mi jefe está esperando un buen artículo respecto a Trópico y los tropicanos.

—Lo complaceremos —sonrió Torres—. Será muy grato para mí decir en un periódico neoyorquino, y además del prestigio del Morning News, que Trópico es un país amistoso y cordial, abierto a todos, y que…

* * *

Miky Grogan vio entrar a Brigitte y a Sebastián Torres riendo amigablemente. Hablaron unos segundos más junto a la terraza y luego se separaron. Grogan prescindió de Torres para,

prácticamente, abalanzarse hacia Brigitte. La alcanzó cuando ella había pedido ya una copa de champán.

—¿Cómo ha ido? —masculló.

—Perfecto. El señor Torres es todo un caballero, muy atractivo y simpático, y…

—¿Y el artículo?

—Oh, sí, lo tengo… Parece que Trópico es un país encantador, querido.[2]

—¿Igual que su ministro?

—No, no… Su ministro es todavía más encantador que ese país maravilloso. ¿Está celoso, jefe?

—Usted me matará a disgustos.

—Lo cual le estaría bien empleado, por tacaño.

—¿Otra vez lo mismo? —Gruñó Grogan.

—Era una broma. ¿Qué tal si nos dedicamos a divertirnos a nuestra manera? Ah, y le prometo no separarme demasiado de usted, ser una compañera dulce y simpática, y besarle en la nariz al término de la fiesta.

—¿Qué va a pedirme? —Gruñó de nuevo Miky Grogan.

—Todavía no lo sé —rió la divina—, pero le prometo pensarlo detenidamente.

* * *

Poco después de las doce de la noche Brigitte bajó la escalinata hacia donde uno de los criados de la quinta había dejado su descapotable. Grogan caminaba a su lado, todavía rojo de emoción, asegurando:

—Ha sido una noche inolvidable… ¡Inolvidable!

—No exagere, querido. Para mí la palabra inolvidable tiene mucho más significado…, o usted se conforma con muy poco. ¿O cree que no podría ofrecerle nada mejor que la simple compañía de unas pocas horas?

Miky Grogan enrojeció de esperanza.

—Bueno… Sólo son las doce y diez… Podríamos comprobar ese… ese ofrecimiento…

—No ha sido un ofrecimiento —rió Brigitte—, sino tan sólo una sugerencia. Hasta mañana, querido. O quizás hasta la vista.

Grogan pareció recibir un jarro de agua fría.

—Pero… ¿de veras se marcha… sin mí?

—Soy una desconsiderada, ¿verdad?

Entró en el coche. El jefe del Morning News quedó hecho un pasmarote junto a la portezuela, pero se echó a un lado respingando sobresaltado cuando el motor del vehículo fue puesto en marcha. Un segundo después el descapotable se alejaba en dirección a la salida de la quinta. Brigitte había comprobado ya que el aparato comunicador estaba donde ella lo dejara, y no le sorprendió en absoluto que poco después de abandonar la quinta la voz del llamado Roque se dejase oír nuevamente.

—Son las doce y cuarto, señorita Montfort. A la una tenga la bondad de presentarse en Craston Lane, Brooklyn.

—*Okay*, Roque. Siempre a sus órdenes. El precio vale la pena. Pero me gustaría saber qué va a pasar en ese lugar.

—Es simple. Recibirá un poco de dinero para gastos, la documentación a nombre de Margarita Luján, y un par de cosas que nos serán útiles a todos si las empleamos debidamente.

—Es usted encantadoramente misterioso.

—Y usted encantadoramente bella. ¿A la una en el número doce de Craston Lane?

—Ya le he dicho *okay*, ¿no?

—Pues hasta la una.

Roque dejó de hablar y Brigitte continuó conduciendo, lentamente, saboreando el paseo. Había algo que le fastidiaba de aquel asunto: mientras que en Nueva York la primavera era soportable, en Trópico debía de ser algo tremendo; no en vano estaba en el límite de la zona tórrida. Y si le daba por llover, anticipando las lluvias, pues tanto peor. Era de esperar que Roque y Sebastián Torres hubiesen pensado en el confort de su… asalariada.

Conducía dispuesta a cruzar a Brooklyn por Manhattan Bridge. Así lo hizo, y una vez en el extremo de Brooklyn tomó por Adams Street, desviándose luego por Myrtle Avenue… Llegó a Craston Lane a la una menos un par de minutos. Era una casa de una sola planta, mas bien pequeña, y cuyo aspecto no era precisamente confortable. El jardín era diminuto y parecía no poco sucio y descuidado. No se veía luz en parte alguna de la casa.

Brigitte se apeó del coche, titubeó, y recogió su bolsito. Sacó de

él una boquilla de marfil y se la colocó entre los labios como distraída. Luego se acercó a la vallita de madera y estuvo indecisa ante ella unos segundos antes de cruzarla por el simple procedimiento de pasar por encima de ella, ligera como una bailarina, maravillosa como siempre. El silencio en la casa era tal que no le gustó en absoluto. Si Roque la estaba esperando lo más lógico era que hubiese estado mirando por una ventana o por cualquier otro sitio, atisbando su llegada. De acuerdo a su propio modo de hacer las cosas Brigitte pensó que Roque debía de haber abierto la puerta de la casa en cuanto ella se acercó. Pero no sucedió así, y la periodista-espía comenzó a sentirse incómoda.

Llegó a la puerta sin que hubiese sucedido nada. Abrió el bolsito, sacó un delgado alambre de acero, dobló convenientemente un extremo, y lo introdujo en la cerradura. Un solo y habilísimo movimiento fue suficiente para vencer la cerradura. Empujó la puerta lentamente, entró, y la cerró tras ella.

Entonces sí vio luz, a su derecha, por debajo de una puerta.

Silencio absoluto.

Lamentó no llevar su pistola de cachas de madreperla, pero, al mismo tiempo, empezó a pensar que no le iba a ser necesaria. Caminó hacia la puerta bajo la cual se veía la luz, despacio, silenciosamente. Se detuvo junto a ella y escuchó… Un escalofrío la estremeció al oír aquel leve gemido entrecortado. Abrió la puerta de pronto y echándose velozmente a un lado… No sucedió nada, salvo que oyó con más claridad el jadeante gemido.

Se asomó cautamente… y vio al hombre, Estaba tendido cruzado en la cama. La cabeza colgaba por un lado. Tenía los ojos abiertos, y su garganta palpitaba en gemidos de moribundo. En el pecho destacaban varias manchas rojas sobre la blanca camisa. La visión era en verdad trágica, estremecedora.

Brigitte se acercó al hombre, pasó una mano bajo su nuca, y lo movió suavemente, de modo que descansase mejor en la cama. Los ojos del hombre, desorbitados, estaban fijos en ella, y su boca se movía con gestos espasmódicos, intentando pronunciar de modo inteligible algunas palabras que Brigitte no podía comprender.

—Ha… ha sido… ha sido…

—Tranquilícese —murmuró Brigitte—. ¿Usted es Roque?

Hubo un parpadeo de asentimiento en los desorbitados ojos.

—No… no permita…

En aquel momento Brigitte oyó un ruido afuera, precisamente en la pieza que había cruzado para llegar hasta el dormitorio. Se volvió velozmente, alerta, pero no vio nada. Corrió hacia allí, y nada más llegar al umbral vio abierta la puerta de la casa, y un hombre a punto de salir en forzado movimiento de rápida huida.

La espía sopló fuertemente en la boquilla que tenía entre los dientes. No se oyó nada…, excepto el temeroso gemido del hombre fugitivo, que en lugar de correr dio un traspié hacia el porche mientras sus manos se dirigían a la nuca, donde había sentido el pinchazo del diminuto dardo venenoso disparado por la mortífera espía. Ésta corrió hacia la puerta, salió al porche, y cuando empezaba a inclinarse hacia el sujeto vio a otro, corriendo a seis o siete metros de ella hacia la valla, que salvó limpiamente y continuó alejándose a todo correr…

Pero no más de cuatro o cinco pasos, a pesar de su ligereza; el tiempo que necesitó Brigitte Para sacar la pistola del bolsillo del hombre que estaba tendido ante ella y apretar el gatillo. El hombre que huía lanzó un grito, dio una voltereta aparatosa y rodó por el suelo. Brigitte salió corriendo hacia allí, saltó la valla apoyando la mano libre en ella y pasando ágilmente las piernas por encima, y llegó junto al hombre, que yacía de bruces. Se inclinó sobre él, le dio la vuelta y contempló perpleja aquel crispado rostro desconocido. El hombre estaba muerto. Ella tenía una excelente puntería y no había podido controlarse en aquella ocasión, ya que sentía hervir en ella la ira por el asesinato de Roque. Pero la ira nunca es colaboradora de la eficacia. Y allí estaba ella, ante un hombre muerto. Y junto a la casa, otro… Ninguno de los dos podría decirle nada sobre lo sucedido dentro de la casa…, donde había otro hombre muerto. Se colocó la silenciosa pistola en el seno, agarró una mano del hombre, y tiró de ella hacia la valla. Una vez aquí, lo asió por los sobacos y lo alzó hasta que quedó como colgado en la valla. Entonces, simplemente, alzó sus pies y los impulsó con fuerza. El hombre muerto pasó al otro lado, con trágica actitud inerte. Volvió a cogerlo de una mano y de nuevo tiró de él. Lo subió al porche siempre arrastrándolo, y lo entró en la casa. Entró también al otro, al primero que había matado utilizando su boquilla-cerbatana. Cerró la puerta y corrió al dormitorio. Llegó

jadeando junto a Roque, cuyos ojos miraban inexpresivamente el techo.

—Roque… ¿Me está oyendo, Roque?

Hubo un levísimo parpadeo.

—¿Dónde están los documentos a nombre de Margarita Luján? —se interesó Brigitte.

La mortecina mirada de Roque se dirigió hacia el vetusto armario colocado en el fondo del dormitorio.

—¿Escondidos en el armario?

—Sí…

—Los encontraré. ¿Quiénes son esos hombres, Roque? —Captó la extrañeza del moribundo y aclaró rápidamente—: Los he matado a los dos… ¿Quiénes son?

—Él… él los envió… Dígale…

—¿Quién los ha enviado?

—Me enteré… Dígale a… al presidente… al presidente… Sebastián… Dígaselo…

—¿Al presidente o a Sebastián?

—Al… presidente… Dígale que…

Eso fue todo.

La mirada de Roque quedó definitivamente fija en el techo. O mucho más allá, adonde sólo puede llegar la mirada de los muertos. Brigitte estuvo unos segundos mirándolo entre decepcionada y consternada. Roque era un hombre menudo, de rostro vivaz, simpático. Debía de tener no menos de cincuenta años.

Brigitte le cerró los ojos lentamente. Luego fue al armario, lo abrió, y se quedó mirando su contenido, que a simple vista era el que podía esperarse de un propietario de fortuna discreta: un par de trajes, uno de ellos blanco, algunas camisas, sólo dos corbatas, calcetines, pañuelos, prendas interiores, una afeitadora eléctrica y pocas cosas más, sin importancia alguna, aparentemente.

Le fue fácil encontrar el sobre, que estaba simplemente debajo de los pañuelos. De él extrajo el pasaporte a nombre de Margarita Luján. Su fotografía estaba en el pasaporte; una fotografía que desde luego había sido tomada sin su consentimiento y conocimiento, posiblemente con teleobjetivo. Había también diez mil dólares, en billetes de cien y cincuenta, y un pasaje para el vuelo 267 de la American Airlines a nombre de Margarita Luján,

con destino a Trópico Ciudad. Y un papelito con números anotados cuyo significado no comprendió exactamente hasta que vio el pequeño paquete, del tamaño de uno de cigarrillos, que había también con los pañuelos. Lo desenvolvió y se quedó mirando la pequeña radio a transistores. Entonces comprendió que los números anotados en el papel eran la frecuencia de llamada, y la conectó. Luego oprimió el botoncito.

Tardó algunos segundos en oír la voz de Sebastián Torres.

—¿Eres tú, Roque?

—No señor —musitó la espía—. Soy Brigitte.

—Ah, bien… ¿Ya le ha entregado Roque todo el equipo?

—¿Mi equipo?

—La radio es para usted. Desde el mismo momento en que llegue a Trópico tendrá siempre a alguien para atender sus consultas o informes, o ayudarla… ¿Todo está bien?

—No, señor Torres. Ni mucho menos. Han matado a Roque.

Hubo un silencio de algunos segundos.

—Dios —sonó todavía tensa la voz de Torres—… ¿Está segura?

—Tengo su cadáver a menos de cinco pasos, sobre la cama del dormitorio de la casita de Craston Lane.

—Sí, ya sé… Esto es lamentable… ¡Y un gran contratiempo!

—Sobre todo para Roque. También ha sido contratiempo para otros dos hombres a los que nunca había visto. Temo que los he matado.

—¿Que usted ha…? ¡¿Qué hombres son esos?!

—Acabo de decirle que nunca los había visto. Voy a registrarlos, a ver si encuentro algún documento que pueda servirle a usted para obtener conclusiones.

—Hágalo pronto, por favor.

Brigitte salió del dormitorio y encendió la luz del saloncito de la casa. Registró a los dos hombres, pero ninguno de ellos llevaba documentación ni datos de ninguna clase.

—Señor Torres.

—Sí, sí, la escucho…

—No llevan documentación de ninguna clase, nada que pueda servirnos.

—Deben de ser hombres pagados por el traidor… Temo que la cosa va a complicarse un poco, señorita Montfort. Es evidente que

esos hombres son enemigos nuestros y que no piensan andarse con miramientos. En estas circunstancias… tal vez usted prefiera… olvidarse del asunto.

—Yo no me asusto tan fácilmente, señor Torres. Además usted y yo tenemos un contrato. Verbal, ya lo sé, pero para mí es más que suficiente. Usted ha contratado a una espía, y la tiene.

—¿Sigue con esto, entonces?

—Ahora más que nunca. Roque me resultaba simpático: tenía una voz amable.

—Se lo agradezco. Y también se lo agradezco en nombre de Roque. Por otra parte usted ha demostrado que es capaz de librarse del ataque de dos hombres, y eso…

—Eso no es exacto. No me atacaron. Estaban dentro de la casa cuando yo entré. Su intención no era matarme, estoy segura de eso. De haber querido hacerlo tuvieron una inmejorable oportunidad cuando yo entré a oscuras. Ellos debían de estar escondidos en el saloncito, y tuvieron que verme. Pero lo único que pretendían era marcharse sin que yo los viese.

—¿Está segura de eso?

—Completamente.

—No comprendo —musitó Torres—… No comprendo esto. ¿Por qué matar a Roque y ni siquiera intentar hacerlo con usted?

—No sé. Pero tengo… cierta idea.

—¿Cuál?

—Parece como si esos hombres hubieran estado dispuestos a dejarme llegar a Trópico. Incluso se me ocurre pensar que querían que yo llegase allá. Imagino que no les resultaría demasiado difícil encontrar la documentación a nombre de Margarita Luján, el dinero, la radio… y el pasaje. Sin embargo, no se llevaban nada. Simplemente, vinieron a matar a Roque, y estaban dispuestos a no molestarme a mí.

—No lo entiendo; pero si así ha sido, por algo lo harían… Y si usted está decidida a llegar a Trópico…

—Completamente decidida. Estoy acostumbrada a situaciones de muy diversas características. Tomaré ese vuelo doscientos sesenta y siete y me presentaré en Trópico Ciudad en el momento exacto.

—De acuerdo.

—¿Qué hacemos con estos tres cadáveres?

—Usted no haga nada. Márchese de ahí, sin que nadie la vea a ser posible. Yo me encargaré de los tres.

—¿Tiene algo especial que decirme o aconsejarme?

—No. Usted sabe moverse sola. Nos veremos en Trópico.

—Bien.

Brigitte cortó la comunicación y se guardó la radio en el bolsito. Echó un vistazo por la casa, rápidamente, pero no encontró nada que llamase su atención de modo especial. Se aseguró de que llevaba todo lo que había contenido el sobre, borró sus huellas de la pistola que había utilizado para matar a uno de los hombres, y la dejó sobre él. Luego, absolutamente tranquila, abandonó la casa, Llegó adonde había dejado su coche, subió y se alejó de regreso a Manhattan.

A las dos menos veinte de la madrugada estaba llamando por teléfono al despacho de la American Airlines en el aeropuerto, enterándose así de que su avión salía a las once de la mañana y que tenía la llegada a Trópico a las cinco y diez minutos de la tarde… No. Las quince no eran las cinco, sino las tres.

Las tres y diez minutos de la tarde. Una hora muy calurosa e incómoda para llegar a cualquier sitio, y más al trópico…

Luego cursó un telegrama por teléfono, urgentísimo, a cierta dirección de un pequeño estado llamado San Nataniel, y con destino a un hombre cuyo nombre era simple: Nathan. El telegrama decía:

PRECISO RESPUESTA URGENTE SOBRE SI PUEDO CONFIAR EN EL LLAMADO S. T. ANTES DE EMPRENDER VUELO AL TRÓPICO STOP BESOS BRIGITTE

Capítulo III

A las ocho y media de la mañana sonó la llamada en la puerta de su dormitorio. Al instante Brigitte se sentó en la cama, ya completamente despejada, en perfecto funcionamiento su cerebro.

—Pasa, Peggy —autorizó.

El ama de llaves entró portando una bandeja de plata y en ella un rectángulo de papel amarillo.

—Un telegrama urgente, señorita. Tal como me indicaba en la nota que me dejó anoche junto al despertador he estado esperándolo.

—Gracias, querida. Veamos…

Abrió el telegrama. Su contenido era escueto pero clarísimo. Y Nathan, posiblemente uno de los más hábiles espías que Brigitte había encontrado en su vida, demostraba su cautela con aquellas pocas palabras. Posiblemente había adivinado la incertidumbre de Brigitte respecto a S. T., o sea Sebastián Torres, y la respuesta era muy propia de un espía a otro.

El texto era el siguiente:

TE RECOMENDÉ A ÉL PORQUE HASTA EL MOMENTO LO HE CONSIDERADO DIGNO DE MI CONFIANZA. BESOS NATHAN

Bien… Eso dejaba un margen razonable de duda. Nathan le concedía a ella ese margen para que, si quería o le parecía oportuno, desconfiase de Sebastián Torres. Así lo sugerían claramente aquella tres palabras: hasta el momento.

—Prepárame el baño, Peggy.

—¿Se va a levantar tan temprano?

—Sí. Y empieza a preparar mi equipaje adecuado a un clima tropical. A las nueve comunícame en el baño con el señor Grogan.

Él ya habrá llegado al Morning.

Peggy salió del dormitorio y Brigitte salió de la cama. Fue al gran armario empotrado que ocupaba todo un paño de pared y lo abrió completamente: cuarenta pares de zapatos, treinta vestidos, blusas, jerseys, abrigos (tres de ellos de pieles), impermeables, atuendos deportivos… Nada de esto le interesaba en aquel momento Apretó un botoncito dorado que se veía en el fondo del armario. Luego regresó a la cama, mientras en el dormitorio se oía ya la voz de un hombre inquiriendo:

—¿Señorita Montfort?

Ella encendió un cigarrillo, ya cómodamente sentada en la cama. Perfecto: puesto que habían pasado cinco segundos sin que ella hubiese hablado Simón preguntaba. Había toda una serie de contraseñas que podían resolver una situación apurada en determinado momento.

—Buenos días, Simón —sonrió Brigitte.

—Muy buenos. ¿Ocurre algo? No sabía que estuviese en órbita.

—No lo estoy. Tenía descanso estos días, pero han ocurrido cosas que debe saber inmediatamente tío Charlie. ¿Está él ahí?

—Salió para Washington anoche. Regresa esta tarde, hacia las cinco.

—Yo no estaré en Nueva York, Simón. ¿Puede grabar lo que voy a decirle?

—Por supuesto. Empiece cuando quiera.

—Bien… Anoche, cuando me dirigía en mi coche a la fiesta del secretario del alcalde de Nueva York…

La explicación metódica, perfecta, completa, duró el tiempo de fumarse un cigarrillo, haciendo algunas pausas para ordenar en su mente la exacta cronología de los hechos. Simón no la interrumpió ni una sola vez.

Pero sí lo hizo Peggy, apareciendo en la puerta:

—El baño está preparado, señorita.

—Gracias, Peggy. Bueno, creo que esto es todo, Simón. Salgo para Trópico dentro de un par de horas, exactamente a las once. Le dije al tropicano que no comentaría esto con nadie, pero naturalmente sería absurdo e imprudente por mi parte no hacerlo. ¿Lo ha grabado todo?

—Desde luego. ¿Cómo estás, linda Peggy?

—Muy bien —sonrió la rubita—. ¿Y usted, Simón?

—Enamorado de ti, como siempre. ¿Algo más, Brigitte?

—No. Procure que tío Charlie oiga cuanto antes esa grabación. Una buena idea sería llamarlo a Washington por radio o teléfono y poner en marcha el magnetófono.

—Lo haré por la línea telefónica privada. ¿Necesitará usted algún Simón allá?

—No lo creo. A menos que esté equivocada dispondré de una magnífica ayuda. De todos modos, naturalmente, tío Charlie tiene la palabra. Me llevo la radio con la frecuencia establecida para Centroamérica. Nada más, Simón. Hasta pronto.

—Así sea. Le deseo feliz baño y mejor viaje.

Brigitte señaló a Peggy el armario, y la muchacha fue allá y apretó el botoncito dorado, con lo que la comunicación directa entre la central de radio del Sector New York de la CIA y ella quedó cortada.

Poco después Brigitte estaba tomando el baño de agua tibia. Y llevaba allá menos de diez minutos cuando el teléfono color rosa instalado junto a la bañera de mármol del mismo color emitió un leve zumbido. Sacó el brazo del agua perfumada y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—El señor Grogan, señorita —anunció Peggy.

—Ponme con él… ¿Hola? Buenos días, querido.

—¿…?

—No ocurre nada demasiado especial. Le llamo solamente para decirle que no cuente conmigo durante una semana… Y no empiece a gritar, Miky: le digo que me voy y eso es todo.

—¿…?

—No, no… Ya lo escribiré a mi regreso. Y quizá le guste mucho más que el que pudiese escribir ahora. Le aseguro que Trópico es más interesante de lo que nosotros creemos. Hasta la vista, querido.

—No sea tan ardiente —rió la divina.

—¡…!

—De acuerdo: puede que a mi regreso le dedique otra noche como la pasada. Adiós.

Colgó, acabó de bañarse, y salió del cuarto de baño. Sobre la cama tenía ya el vestido adecuado para el viaje y su maletín rojo

con florecillas azules estampadas, dentro del cual, con la apariencia de los más inofensivos objetos propios de un tocador de señora, estaba todo su terrorífico arsenal de agente secreto dispuesto siempre para afrontar cualquier emergencia.

—¿Le parece suficiente el equipaje, señorita?

—Sí, sí. Ponlo ya en las maletas, y llama un taxi. Es todo.

Mientras Peggy ordenaba el equipaje en las dos maletas Brigitte se colocaba su pistolita silenciosa de cachas de madreperla en el muslo izquierdo, pegándola allí con tiras de esparadrapo color carne. Luego se vistió rápidamente, mientras Peggy sacaba las maletas tras avisar por el teléfono interior al portero para que subiese a buscarlas. El hombre subió como una centella, encantado de la vida, y Brigitte lo premió con una cariñosa sonrisa.

Se despidió de Peggy con estas palabras, ya habituales:

—Como siempre, no sé cuándo volveré. Y si no lo hiciese ya sabes cómo comunicarte con Simón y tío Charlie si tuvieras necesidad de ayuda de cualquier clase.

La muchacha asintió, con los ojos muy abiertos.

—Sí… Sí, señorita.

—Adiós, querida.

—Adiós… Tenga cuidado.

Brigitte sonrió, salió al amplio pasillo, y entró en el ascensor, donde el portero la esperaba cada vez más encantado de la vida. A las once menos unos pocos minutos Brigitte Montfort y su equipaje estaban ya en el avión que haría escala en Trópico Ciudad en su vuelo hacia Rió de Janeiro y Buenos Aires.

A las once en punto el avión despegaba.

* * *

A las tres y doce minutos de la tarde el aparato se posaba en una de las pistas del Aeropuerto Tropicano. Los pasajeros salieron del avión ya sudando. Por su parte la divina espía aparecía fresca como una flor recientemente rociada por la lluvia.

El pase por la aduana fue simple para todos y muy agradable para la señorita Margarita Luján. El encargado de visar los pasaportes se quedó mirándola con gesto afectuoso y admirativo.

—¿Es usted tropicana? —exclamó.

La falsa Margarita contestó con su impecable español:

—Tropicana, señor. Y feliz por volver a la patria.

—Me gustaría que me pidiese algo, señorita Luján. Sería grato para mí ayudarla en cualquier cosa. ¡Pídame algo difícil, por favor!

—En este momento no se me ocurre —rió Margarita Luján—, pero le tendré a usted en cuenta si me hallo en apuros.

—¿Tal vez necesita un buen hotel, quizás una pensión…?

—Deben de estar esperándome. De todos modos muchas gracias.

El hombre se inclinó bajo el mostrador y sacó un ramo de flores grandes, bellísimas, fragantes.

—Al menos acepte esto —pidió.

—¡Ya lo creo que sí! Gracias de nuevo.

—A la más linda mujer tropicana —sonrió el hombre—. Deseo que se quede eternamente en Trópico.

Brigitte sonrió, asintió con la cabeza, y se alejó del mostrador hacia el gran vestíbulo. Hacía ya algunos segundos que se había fijado en el hombre que la miraba con mal logrado disimulo, y por eso no se sorprendió lo más mínimo cuando él se acercó.

—Bien venida, señorita Montfort.

—Gracias…

—Permítame que me presente: comandante Lucas Romero de Solares, del Cuerpo de Aviación. Se me ha indicado que debo estar a sus inmediatas órdenes mientras permanezca en Trópico.

—Muy agradecida, comandante. ¿Y su uniforme?

—Resultaría demasiado llamativo, de modo que por discreción en beneficio de ambos opté por venir de paisano.

—También resulta llamativo llamarme «señorita Montfort».

—Ah… Sí, cierto. Lo tendré en cuenta, señorita Luján. Y le ruego que disculpe mis errores en esta… actividad. Soy sólo un militar.

Brigitte lo miró sonriendo con amable burla. Lucas Romero parecía no poco altanero, y su condición de oficial de alto rango de un Cuerpo de Aviación que como mucho contaría con dos docenas de aparatos comprados casi como chatarra era suficiente para que se sintiese más que satisfecho de sí mismo.

—Y yo «sólo» una espía extranjera…, pero que viene a ayudar a su país, comandante. No lo olvide.

—La llevaré a su alojamiento. ¿Me permite la contraseña de su equipaje?

Brigitte se la entregó, y Romero la pasó a su vez a un hombre que apareció de pronto junto a ellos.

Luego señaló a la recién llegada la salida del vestíbulo, hacia el aparcamiento del aeropuerto. Subieron los dos a un coche negro, grande, conducido por un chófer serio como una piedra…, todo lo cual provocó una sonrisilla irónica en Brigitte. Según estaba viendo, en Trópico se hacían las cosas con la misma discreción con que un elefante toma su baño en el río.

En menos de media hora llegaron al destino de Brigitte, que se congratuló de haber aceptado aquel trabajo particular al ver la hermosa villa blanca de grandes arcos bajo los cuales el sol no podría molestar en absoluto. Era del más clásico estilo colonial español. Había parras y enredaderas por algunas partes de la pared, y toda la magnífica casa estaba rodeada de cocoteros que parecían llegar desde la cercana playa hasta la bonita pérgola llena de flores, junto a la cual había una pequeña piscina con el fondo de azulejos.

—Deseamos que la casa sea de su agrado, señorita Luján.

—Es preciosa, comandante. Entiendo que sus terrenos llegan hasta la playa.

—Sí. Allá hay un cobertizo en el que se guardan útiles de pesca submarina, parasoles, toldos grandes, patines… Hay un pequeño embarcadero, y en él hemos puesto una lancha a su disposición… Venga, le presentaré a sus sirvientes.

Estaban los dos ante la gran puerta, bajo el arco central de la preciosa villa, y Brigitte ya los había visto allí, inmóviles. Eran un hombre y una mujer.

—Ella es Anita —presentó Romero—, y será su doncella. Él se llama Berto, y será su chófer, mayordomo, jardinero… Naturalmente los dos pertenecen a nuestro pobre servicio secreto.

Brigitte asintió con un gesto, y tendió su mano a una y otro, sonriendo. Anita era joven, bonita, muy morena, con grandes ojos oscuros… Berto debía de tener no menos de cincuenta años, y parecía tan serio y circunspecto como el propio Lucas Romero, el cual, a sus treinta años más bien escasos y siendo tan arrogante y atractivo, debería haber mostrado un mejor sentido del humor y más alegría por la vida. Pero era serio, bigotudo, conciso, y sus ojos negros se movían lentamente, mirando las cosas y las personas como si tal mirada fuese poco menos que un obsequio personal que se dignaba ofrecer.

—Le enseñaré la casa… —ofreció.

—No es necesario, ya la iré conociendo por mí misma…, que es como se conocen mejor las casas. A menos que haya en ésta algún misterio.

—Ningún misterio. Es una villa corriente. Lo que sí debo mostrarle es su dormitorio. Por aquí, por favor.

Entraron en la casa los dos, ella delante. Romero señaló la escalera de ladrillo rojo y pasamanos blanco, y subió siempre detrás de Brigitte. Arriba había un amplio pasillo con baranda que permitía asomarse al gran vestíbulo-patio que habían cruzado.

—Hay ocho habitaciones. La suya es ésta. —Abrió la puerta, y Brigitte entró; Romero lo hizo también, y fue hacia las persianas, que abrió—. Desde aquí se ve la playa, que está a menos de cien metros. Y mirando hacia la izquierda verá la villa que tiene alquilada Carlos Cienfuegos… Incluso, mirando con los prismáticos, puede ver su balcón, que casi siempre tiene abierto.

Mientras hablaba Romero había sacado unos prismáticos de la mesita de noche, se había colocado junto a la persiana, y enfocó los prismáticos hacia la villa vecina. No llegó a ver nada, porque Brigitte se los bajó rápidamente, fruncido el ceño.

—¿Qué pretende usted, comandante? —inquirió secamente.

—Iba a mirar hacia…

—Ya sé eso. Le pregunto si lo que pretende es que Cienfuegos se dé cuenta de que lo estamos vigilando. El sol viene de allí ahora. Con un mínimo de mala suerte puede que se refleje en los lentes de los prismáticos… ¿No había pensado en eso?

—Lamento mucho el error.

—No sea tan altanero conmigo, pues nada va a conseguir con ello. Me gustan las cosas sencillas y simples, sin actitudes de opereta. Si usted es un militar de prestigio en su país yo soy una espía de prestigio internacional. Conteste ahora a una pregunta: ¿han estado observando a Cienfuegos utilizando estos prismáticos?

Lucas Romero estaba un poco pálido y se mordía los labios.

—Así es —murmuró.

—Divertidísimo. En estos momentos, y gracias a semejante tonta indiscreción, Carlos Cienfuegos ya sabe a qué atenerse respecto a todos los habitantes de esta villa. Es más: estoy segura de que él, utilizando más inteligentemente unos prismáticos, ya me ha visto… Y hasta es posible que gracias a un potente teleobjetivo tenga una

fotografía mía. Eso suponiendo que no le haya estado siguiendo a usted y me haya visto llegar al aeropuerto.

—No lo creo posible…

—¿Está usted a mis órdenes, comandante Romero?

—Sí. Personalmente y por medio de la radio que le entregaron debo estar siempre a su disposición.

—Bien. Obedezca la primera de mis órdenes: márchese de esta villa y no vuelva a acercarse a ella o a mí a menos que yo le llame expresamente. ¿Está entendido?

—Sí.

—Pues buenas tardes.

—Buenas tardes —musitó Romero—… Ah, olvidaba enseñarle una fotografía de Cienfuegos.

—Un detalle sin importancia —ironizó Brigitte.

Tomó la fotografía y estudió atentamente el rostro de aquel hombre llamado Carlos Cienfuegos; un rostro curtido por el sol, de frente despejada, ojos grandes, inteligentes, mentón firme, boca viril duramente plegada. Los cabellos eran claros, según parecía en la foto en blanco y negro. Debía de tener poco más de treinta años, y todo su gesto, sus rasgos faciales, su mirada directa y firme, bastaron a Brigitte para comprender que aquel hombre sería un hueso muy duro de roer. Por supuesto se podía comprender que, en su país, Carlos Cienfuegos estaba considerado como un agente de primerísima categoría.

—Está bien —murmuró Brigitte, devolviendo la fotografía—. Puede llevársela.

—¿Desea algo más?

—No.

Romero dio un taconazo y salió del dormitorio.

Brigitte esperó hasta que calculó que había llegado abajo, y entonces utilizó la radio:

—Comandante Romero.

—Diga, señorita M… Luján.

—Sólo quería saber si la radio funcionaba. ¿Cuándo llega Sebastián Torres a Trópico?

—Ya será avisada.

—Bien. Ahora llévense de aquí ese coche negro y proporciónenme otro, más pequeño, deportivo, descapotable a ser

posible. Un coche más… personal y simpático.

—Entiendo. Se lo enviaremos lo más pronto posible.

—Nada más.

Cortó la comunicación con aquella radio y accionó la suya, la que utilizaba para sus contactos en desplazamientos.

—¿Simón? ¿Simón?

No obtuvo respuesta.

Llamó varias veces, pero llegó a la conclusión de que, al menos por el momento, Pitzer no había colocado ningún agente de la CIA cerca de ella para ayudarla o servirle de contacto.

A fin de cuentas así lo había indicado ella al Simón de Nueva York. Sí, era mejor que ella y la CIA no fuesen mencionadas para nada. Poco después, cuando ya se había bañado, llegó su equipaje. Lo distribuyó en el armario, lo dejó todo ordenado, escondió su equipo especial de espía, y se tendió en la cama. Una buena siesta le sentaría estupendamente.

* * *

Así fue, efectivamente. Despertó cerca de las siete de la tarde, y como el sol había cambiado ya su posición se decidió a echar un vistazo con los prismáticos. No vio absolutamente nada que llamase su atención. Quizá fuese cierto que Carlos Cienfuegos estaba la mayor parte del tiempo en su balcón, pero no era a aquellas horas, al parecer. Sin embargo, los prismáticos le sirvieron para ver muy de cerca el pequeño descapotable rojo y blanco colocado bajo la sombra de un gran plátano, en el patio lleno de flores. El automóvil negro, tan serio y, quizá por eso mismo, tan llamativo, había desaparecido.

Descolgó el auricular del teléfono.

—¿Berto?

—A sus órdenes, señorita Luján.

—Saldré a dar un paseo en coche por Trópico Ciudad.

—Como guste. Me cambiaré inmediatamente y llevaré el…

—Yo conduciré el coche. Puede dedicarse a descansar. Y… Bueno, le aconsejo que se compre el Manual del Espía. Mientras tanto se limitará a las funciones estrictas de mayordomo. ¿Está bien claro?

—Sí, señorita Luján.

—Lo mismo le digo a Anita, que está escuchando esta conversación por una de las derivaciones telefónicas… ¿Está bien claro también para usted, Anita?

Tras un par de segundos Anita dejó oír su voz por la línea telefónica, notablemente turbada:

—Sí, señorita Luján.

—En lo sucesivo ustedes dos van a limitarse a sus funciones aparentes. La parte del espionaje corre exclusivamente por mi cuenta. Saldré dentro de veinticinco minutos, y quiero tener el coche perfectamente a punto.

Colgó, sonrió, y se dedicó a arreglarse, lo cual resultaba tremendamente fácil para una belleza como ella. Estuvo más de un minuto contemplando sus ojos en el espejo. Aquellos hermosos, grandiosos, inteligentes y dulces ojos azules.

—Querida —se habló a sí misma—, no cabe duda de que la gente es idiota de los pies a la cabeza. Al menos, la gente que quiere hacer cosas para las que no está mínimamente preparada. En fin, paciencia. Encendió un cigarrillo, acabó de vestirse, y recurrió de nuevo a su radio particular en conexión con personal de la CIA, utilizando la onda especial para Centroamérica.

—¿Simón? —insistió varias veces—. ¿Simón?

Silencio. Ninguna respuesta. Obviamente Pitzer debía de estar considerando que Brigitte Montfort, la más bella y audaz de sus espías femeninas, se bastaba y sobraba para hacer frente a cualquier situación en un país pequeño como era Trópico Cuando bajó al gran patio florido el pequeño descapotable estaba listo para el paseo. Anita y Berto no parecían muy contentos de sí mismos. Con toda seguridad les fastidiaba aquella mujer que parecía tener antenas propias dentro de su cerebro. Todo lo que ellos pensaban o hacían parecía ser captado por la encantadora y dulcísima Margarita Luján.

—¿A qué hora regresará la señorita? —preguntó Berto.

—La señorita regresará cuando le parezca conveniente, Berto. Un par de huevos frescos, unos cuantos tomates y unos rábanos limpios y conservando sus verdes y deliciosas hojas serán una cena excelente para la señorita. ¿Tenemos champán?

—Y guindas —sonrió Berto.

—Fabuloso —suspiró Brigitte—… Bueno, no todo había de ser

malo.

—Que se divierta.

—Así lo espero, gracias.

Pero Brigitte no se divirtió. Trópico Ciudad era, simplemente, una copia de La Habana en pequeño. Y había estado ya demasiadas veces en La Habana. No le interesaban los clubes exóticos, ni los vendedores de fruta, ni las calles estrechas y llena de colorido, ni los hombres indolentes… Estaba en Trópico para ganar quinientos mil dólares…, y no sería allí, en aquellas calles propias par turistas curiosos y crédulos, donde ella iba a lograr tal cometido.

Regresó a la villa cerca de las nueve y media de la noche, bastante decepcionada. Y justo cuando estaba a punto de apearse del descapotable sonó la llamada en la radio tropicana de bolsillo, y que ella atendió inmediatamente.

—¿Señorita Luján? —inquirió secamente la voz de Lucas Romero.

—Al habla.

—El señor Torres ha regresado de Estados Unidos.

—Magnífico. Dígale que le espero en la villa dentro de media hora.

—Pero es que el señ…

—Es todo, comandante.

Capítulo IV

—¿Champán? —ofreció Brigitte.

—En estos momentos no —sonrió Sebastián Torres—. Señorita Luján, apenas he tenido tiempo de descender del avión y ya he sido… requerido a su presencia. ¿Cuál es el motivo?

—Me pareció que le gustaba el champán.

Sebastián Torres frunció el ceño. Había sido recibido por la divina espía en el dormitorio de ésta, pero en aquel recibimiento no había intimidad alguna, ya que Brigitte continuaba vestida de tarde y no parecía la dama dispuesta a aceptar un romance, por atractivo que fuese el ministro de Trópico.

—Me gusta el champán —asintió el tropicano—, pero siempre he creído que hay un tiempo oportuno… para cada cosa y capricho.

—Cierto. Pero respecto al champán cualquier momento es bueno para beber una copa.

—No discutiremos por eso —sonrió él cortésmente—. Pero mi opinión no es la misma.

—¿No le gusta perder el tiempo?

—En absoluto.

Brigitte se quedó mirando la guinda que se hundía con bello colorido en su copa de champán.

—A mí tampoco —susurró—. Quiero ver al presidente.

Sebastián Torres pareció recibir un puñetazo en pleno estomago.

—¿A quién? —exclamó.

—Al presidente de Trópico. Según la… novísima historia de Trópico es un hombre admirable, llamado Néstor Alcántara. Tiene cincuenta años es muy inteligente, bondadoso, y hombre con claro sentido de la Justicia.

—En efecto, nuestro presidente es esa clase de hombre… ¿Para qué quiere verlo?

—Asunto personal.

Torres mostró una expresión aparentemente divertida.

—El señor presidente —informó con mucha suavidad— no tiene por norma recibir a nadie sin previa cita y explicación de los motivos que impulsan a cada visitante a solicitarla.

—A mí me recibiría.

—Lo dudo. Pero entiendo que usted, lógicamente, debe de tener unos solidísimos motivos para creerlo así… ¿Por qué a usted sí la recibiría en circunstancias… excepcionales?

—Tengo un recado para él.

—Oh. ¿Qué clase de recado?

—De un moribundo fiel a Trópico. Su nombre era Roque… No conozco el apellido.

—¿Roque? Creí que lo había encontrado muerto…

Brigitte metió dos deditos en la copa de champán y sacó la guinda; la estuvo mirando unos segundos, como maravillada.

—No creo que yo dijese que lo había encontrado muerto. Lo que dije, sin duda, es que Roque estaba muerto cuando lo llamé a usted por la radio que él me tenía preparada.

—Entiendo. ¿Cuál es el… mensaje de Roque?

—Personal. Privado. Directo para el presidente.

Sebastián Torres sonrió amablemente.

—Los quinientos mil dólares le serán pagados por mí al término satisfactorio de su misión. Eso, indudablemente, me convierte en… digamos… su jefe inmediato, el hombre con el cual estableció usted un contrato, ¿recuerda? Por otra parte espero que usted haya comprendido ya que Néstor…, nuestro presidente, quiero decir, tiene absoluta confianza en mí. De modo que… ¿cuál es el mensaje?

—Bueno… No lo sé exactamente. Es un poco… inquietante.

—Inquietante —murmuró Torres—. Ya.

—Roque estaba moribundo cuando lo encontré. Dijo que yo debería ver al presidente. Y le mencionó a usted.

—¿A mí? —se alertó Torres.

—Habló de usted y del presidente. Le pregunté si quería que le llevase el mensaje a usted o al presidente, y creo… creo que se decidió claramente por el presidente.

El gesto de Torres se endureció.

—Con lo cual Roque faltó a la consigna. Sabía muy bien que no debíamos molestar al presidente, persona de salud bastante

delicada. ¿Cuál era ese mensaje, insisto?

—Ninguno. Sólo que hablase al presidente. En mi opinión… Bueno, quizá parezca una tontería, pero opino que todo lo que pretendía Roque era que comunicase su fallecimiento al presidente.

Torres quedó pensativo. Encendió un largo cigarro de excelente aroma, y, finalmente, asintió con un gesto.

—Eso ya tiene más sentido —admitió—. Roque era persona de la directa confianza del presidente Alcántara, y podría ser que simplemente quisiera comunicarle su muerte, en efecto.

—¿No se la ha comunicado usted?

—Desde luego que no —gruñó el ministro—. ¿Cree que pretendo provocar un colapso en Néstor? Él es un hombre muy apegado a las amistades personales, y Roque fue uno de sus hombres de máxima confianza en todo momento. Si le decimos ahora a Néstor que Roque ha sido asesinado sólo vamos a causar complicaciones.

—Entonces no le diremos eso.

—Perfecto.

—Pero yo sigo queriendo ver al presidente.

—Y yo creo que no podrá ser.

—Señor Torres —sonrió dulcemente la divina espía—, creo que es obligación mía decirle que si yo pretendo ver al presidente de Trópico nadie va a poder impedírmelo. Quiero, por encima de todo, que él sepa que las últimas palabras de Roque fueron para él. En cuanto a su colapso… Bueno, digamos que yo no creo que se produzca por unas pocas palabras de un amigo que al morir pensó en él.

—Dígame exactamente cuáles son esas palabras.

—No pienso hacerlo.

—Quizá sería conveniente que nos despidiésemos ya —dijo fríamente Sebastián Torres—. El próximo avión hacia Washington sale a las nueve de la mañana. Le deseo feliz viaje de regreso señorita Montfort.

—¿Qué es lo que teme usted? —espetó Brigitte.

—Sólo un colapso. Ni más… ni menos.

—No sea infantil. Tengo un millón de recursos para ver al presidente, por mucho que usted me hiciese vigilar. Y sobre todo, estoy trabajando para usted, es decir, para Trópico. Decida de una vez qué es lo que hacemos respecto a mi entrevista con el

presidente.

—De acuerdo —aceptó al fin Torres, tras nuevos titubeos—. Haré todo lo posible para que usted vea al presidente mañana. ¿Algo más?

Brigitte miró despectivamente la copa de champán en la cual había estado bebiendo.

—Sí, hay algo más: no me gusta el champán que tienen ustedes. Quiero Dom Perignon del 55. En cuanto a las guindas le sugiero que las adquiera en Italia, España o Grecia. Y respecto a su café, es sólo un… sucedáneo. Quiero café brasileño, o, como ultimo recurso, colombiano.

—Intentaremos complacerla. ¿Algo más?

—¿Le parece poco? Buenas noches, señor Torres.

—Buenas noches.

Sebastián Torres salió del dormitorio de la divina. Poco después lo hacía de la casa. Se metió en su coche, que condujo él mismo hacia la salida de la villa. Su ceño estaba hoscamente fruncido, y en sus labios había una mueca cruel.

—Perignon, guindas españolas, café brasileño… ¡Bah!

Condujo lentamente por la autopista de la playa. A su izquierda el mar parecía de plata en algunos puntos… Las olas eran diminutas y sus crestas eran las que tomaban aquellas tonalidades de luna. Toda la playa estaba adornada por altos cocoteros y en algunos puntos la vegetación se hacía más espesa…

En uno de esos puntos de vegetación más espesa Torres desvió el coche, de modo que cuando se detuvo quedó perfectamente oculto a cualquier mirada. Todavía con el ceño fruncido encendió otro cigarro. Y apenas había fumado de él media docena de veces cuando oyó un ruido muy cercano. Dejó el cigarro en el cenicero y sacó una imponente pistola automática del bolsillo interior izquierdo de su chaqueta.

—No se altere, Torres… Somos nosotros.

Dos hombres aparecieron ante él. Dos hombres altos, recios, de expresión dura y fría. Sebastián Torres se apeó, abrió la portezuela de atrás, y los dos hombres entraron en el coche ocupando el asiento trasero. Torres volvió a ocupar su sitio ante el volante, pero volviéndose hacia los dos nuevos personajes.

—¿Y bien? —inquirió uno de ellos.

—Bueno… Temo que subestimamos un poco a esa mujer.

—¿La agente de la CIA?

—Ella no ha admitido en ningún momento trabajar para la CIA. Le dije que no debía dar aviso a la CIA de su marcha…, de su viaje a Trópico, pero ella aceptó, simplemente, sin comentarios aclaratorios.

—¿Qué ocurre con ella?

—Quiere ver al presidente.

—¿A Néstor Alcántara?

—Claro —gruñó Torres—. No va a ser a Lyndon Johnson. Para eso le bastaba quedarse en Estados Unidos.

—Hay que impedirlo.

—Naturalmente. He venido pensando en ello, pero de momento no se me ocurre. En cualquier caso ella tiene algo que decirle de parte de Roque.

—¿Qué tiene que decirle?

—Asegura que sólo quiere informarle de que Roque tuvo para el presidente sus últimas palabras… Pero no ha aclarado demasiado qué palabras fueron ésas.

—¿Cree que pudo mencionarlo a usted?

—No lo sé. Pero sí sé una cosa: esa mujer es mucho más peligrosa de lo que me dijeron, y, desde luego, un billón de veces más peligrosa de lo que parece viéndola tan… encantadora.

—¿No está exagerando, Torres?

—Ojalá… Tuve que recoger a los dos hombres que ella mató. Los dos hombres que envié a matar a Roque cuando él descubrió la verdad en un momento verdaderamente inoportuno. Uno de ellos tenía un dardo en la nuca que resultó estar impregnado de veneno fulminante, según el análisis que encargué. El otro tenía un balazo en la espalda, justo en el corazón… Un solo balazo. Quizá yo sea un poco cobarde, pero esa mujer me produce… escalofríos.

—Tonterías. Es sólo una mujer.

—Bueno. Yo creo que no es sólo una mujer. Ella ya me advirtió de una… extraña buena suerte que la protegía de todo…

—No sea estúpido: no hay suerte que salve a nadie de un balazo al corazón.

—Me pregunto si ella tiene corazón.

Los dos desconocidos soltaron un bufido a la vez.

—No perdamos más tiempo —masculló uno de ellos—. Esa Brigitte Montfort es sólo una jovencita de hermoso cuerpo y cerebro menudo. Quizá podamos decir, románticamente, que sea como el de un ruiseñor… Pero los ruiseñores tienen muy poco cerebro. Prescindamos de la apabullante belleza de la señorita Montfort y veámosla desde el punto de vista de víctima con respecto al cazador. Y no nos diga que cree en esa buena suerte fantástica.

—Bueno, no sé…

—Acabemos —gruñó el otro—. Está claro que esa mujer no debe llegar a presencia del presidente Alcántara. ¿No es así?

—Desde luego.

—Entonces veamos qué solución encuentra usted.

—Yo… Supongo que tendremos que tomar medidas serias. Me encargaré de eso. Temo que la señorita Montfort va a tener que morir… esta misma noche.

—Buena decisión. Pero si ella muere… ¿quién le quitará los documentos a Carlos Cienfuegos cuando éste los tenga ya en su poder?

—Supongo que tendremos que intervenir mis hombres y yo.

—Ya le dijimos…

—¡Sé que me dijeron que no querían líos con los tropicanos! ¡Y yo tampoco los quiero! Pero esa mujer parece una… una pantera disgustada.

—Quizá no debió recurrir a ella.

—Me la recomendaron con mucho calor… Debo admitir, sin embargo, que la culpa es completamente mía. El hombre que me recomendó a Brigitte Montfort ya me advirtió que ella era una… sorpresa continua. Pero no le creí. Y en mi afán de encontrar un agente extranjero que no fuese demasiado listo pensé que una mujer era lo más indicado. Ahora creo que «esa mujer» es más lista que todos nosotros juntos.

Uno de los desconocidos soltó una risita breve y cruel.

—Por si eso fuera cierto, mátela cuanto antes —sentenció.

—Está bien. Comprendo que debo hacerlo. Respecto a los documentos de…

—De esos documentos sólo nos interesa una cosa: tenerlos en nuestras manos. Lo demás es cuenta suya.

—Lo sé.

—Pues ya está todo dicho. Hasta la vista.

Los dos hombres salieron del coche y se perdieron en la oscuridad de la playa. Sebastián Torres puso en marcha el coche, sombrío. En el fondo lamentaba tener que eliminar a la bellísima Brigitte Montfort, pero no había más remedio. Antes de dos horas Brigitte Montfort habría dejado de pensar en el champán Dom Perignon 55, en el café brasileño y las guindas españolas. Mala suerte. Pero… alguna vez se ha de morir.

Capítulo V

Brigitte abrió los ojos un instante. Luego los entornó, de modo que su brillo no delatase que estaba despierta… Y por entre los entornados párpados vio la sombra que se movía en el balcón. Había dejado las puertas abiertas buscando alivio al intenso calor tropical, y estaba tendida en la cama sin taparse y llevando puesta únicamente una camisita corta, escotadísima y transparente, con dos finísimos tirantes para los hombros y una graciosa puntilla que adornaba el escote. Su mano derecha se desplazó hasta debajo de la almohada, donde había colocado su pistola; la empuñó tranquilamente y decidió esperar.

No tuvo que hacerlo ni siquiera dos minutos, mientras sostenía una respiración lenta y profunda que sin duda era lo que estaba escuchando el hombre para convencerse de que estaba dormida. Y debió de convencerse, porque de pronto entró en el dormitorio.

La luz de la luna, tras él, recortó perfectamente su silueta. Era un hombre de estatura más bien escasa, pero atlético, felino. La luz de la luna se reflejó también en el cuchillo que llevaba en la mano zurda. Pisaba con mucho cuidado, adelantando inexorablemente hacia la divina espía, que se mantenía serena, inmóvil. Un par de pasos más que diese el hombre y le dispararía.

Y de pronto otra sombra apareció en el balcón. Lo hizo más veloz y silenciosamente que la anterior, a pesar de su mucho mayor envergadura física. El hombre que primero había entrado notó aquella nueva presencia, quiso volverse… Un desnudo brazo palpitante de poderosos músculos se lo impidió, pasando desde atrás hacia su boca, que quedó tapada rudamente por una mano grande, poderosa, capaz de inmovilizar el cuerpo del primer hombre el tiempo suficiente para que la otra mano asestase la cuchillada en los riñones. Fue un breve centelleo, un golpe seco, un ronco gemido que quedó ahogado por la mano del gigante. Y la otra

mano, armada con el cuchillo que ahora brillaba con reflejos de sangre, retrocedió arrancando el arma para volver a clavarla duramente, ferozmente, en el mismo sitio. El gemido del primer hombre quedó de nuevo ahogado. Enseguida, todo su cuerpo se estremeció al recibir la tercera feroz cuchillada, y, bruscamente, se relajó. Su cuchillo cayó al suelo, y él fue depositado en éste, sin miramientos…, que por otra parte ya eran innecesarios.

El gigante limpió la navaja en las ropas del muerto y se incorporó.

—Lo menos que podrías hacer, querida, es agradecerme que te haya ahorrado un trabajo desagradable —dijo suavemente.

Brigitte no se movió, y el hombre se acercó a la cama, se inclinó, y besó a la espía en los labios. La mano de Brigitte se abrió, y la pistola quedó abandonada. Los brazos de la espía rodearon el cuello del hombre, y sus labios correspondieron dulcemente al beso. Luego susurraron:

—Sabía que podría contar contigo, Nathan.

—Por supuesto. Sin embargo, supongo que estabas preparada para recibir una visita como la que he eliminado. ¿Qué clase de desagradable truco le tenías preparado al pobre hombre?

—Ninguno especial —sonrió ella—. Solamente una bala en el estómago, para que pudiese decirme algunas cosas antes de morir.

—Oh. Temo que te he privado de una posible información.

—Tu intención era buena, y es lo que cuenta. Me siento muy feliz de verte de nuevo, Nathan.

—Tu felicidad no es mayor que la mía… ¿Puedo besarte otra vez?

—Las que quieras —susurró la divina.

Sólo fue una vez más. Un beso largo, profundo, que obligó a Brigitte a suspirar profundamente en cuanto pudo.

—Parece… como si volviésemos a los tiempos de Capri —susurró—… ¿O quizá los has olvidado?

—Nunca olvidaré aquellos días en la bella isla italiana. Y nunca olvidaré lo que tú hiciste por mí y por mi patria en aquella ocasión… Pero creo que con este asunto de Trópico te he complicado la vida.

—Eso es lo mío, precisamente —rió quedamente Brigitte—. Me pregunto si conoces al hombre que acabas de matar.

Nathan miró el cadáver del desconocido, bañado de luz lunar. Separándose del cálido cuerpo de Brigitte se acuclilló junto al muerto, y dirigió a su rostro la luz de una pequeña linterna.

—No lo conozco —informó—, pero podré decirte algunas cosas sobre él.

—¿Cómo se entiende eso?

—Digamos que… admiro tu cautela, o ese sexto sentido que te hace desconfiar de todos.

—De ti no desconfío —rió Brigitte.

—Lo sé. Y por eso vas a tener un premio inesperado. ¿Dispones de diez minutos?

—Bueno —brillaron los ojos de ella—… Dispongo de toda la noche, querido.

Nathan sonrió, sacó un pequeño objeto rectangular de un bolsillo, lo colocó ante los ojos de Brigitte, y oprimió un botoncito. Se oyó un fino siseo y, casi enseguida, una voz, algo lejana:

»—No se altere. Torres… Somos nosotros.

Hubo una pausa. Luego se oyó la misma voz, más potente:

»—¿Y bien?

»—Bueno… Temo que subestimamos un poco a esa mujer.

»—¿La agente de la CIA?

»—Ella no ha admitido en ningún momento…

…

…

…

…

»—De esos documentos sólo nos interesa una cosa: tenerlos en nuestras manos. Lo demás es cuenta suya.

»—Lo sé.

»—Pues ya está todo dicho. Hasta la vista.

La delgadísima cinta magnetofónica dejó de emitir voces para volver al fino siseo. Nathan oprimió de nuevo el botoncito, y el siseo cesó. Se guardó el magnetófono y miró sonriente a Brigitte, que también sonreía.

—¿Sorprendida?

—Sólo de tu gran eficacia. ¿Cómo puedes ser tan… repugnantemente perfecto como espía?

—Lo aprendí por ahí. En cuanto a ti…, ¿cómo puedes ser tan… maravillosamente hermosa?

—Eso no es ningún mérito propio. En cambio sí lo es tu eficacia. ¿Cómo lo conseguiste?

—No tenía grandes cosas que hacer en San Nataniel estos días, y me dije que, puesto que te había enviado a Sebastián para contratarte, sería buena idea ayudarte un poco, si podía. Los dos sabemos que en nuestro asqueroso mundillo del espionaje la confianza en una persona tiene que ser siempre limitada. Y cuando me pareció que a ti no acababa de gustarte Sebastián se me ocurrió que quizás, en efecto, él podía tener un juego muy… personal, y decidí velar por que nada te ocurriese.

—Debes de estar decepcionado con tu amigo Sebastián.

—La verdad es que sí. Y creo que le daré un disgusto: no me ha gustado que enviase un hombre a matarte.

—En cualquier caso, tú has hecho un buen trabajo.

—Normal. Tu desconfianza hacia Sebastián me impulsó a venir a Trópico. Ponerle un micrófono en su coche y seguirlo a distancia no ha resultado en absoluto difícil.

—¿Has podido saber quiénes son los dos hombres que hablaron con él en el coche?

—No. Ni siquiera pude verlos, porque me pareció imprudente acercarme. Los habría seguido, pero como sabía que Sebastián iba a enviar un asesino a por ti decidí que era más importante asegurarme de que nada iba a ocurrirte.

—Y viniste aquí a esperar al asesino.

—Sí. Quizá debí comprender que podías arreglártelas sola, y seguir a aquellos dos sujetos. Ahora sabríamos quiénes son, y no tardaríamos mucho en saber qué están tramando.

—Ya los encontraremos —aseguró Brigitte—. ¿Qué nacionalidad te parece que es la suya?

—No sé. Hablan un español demasiado neutro. A veces, por algunas inflexiones de voz, puede deducirse cuál es el idioma originario de una persona. Pero en este caso no me atrevo a dar una opinión. Podría equivocarme muy fácilmente.

—Sí, es cierto. Yo tampoco podría decir de dónde son esos dos hombres… Lo que sí puedo deducir es que ellos son los que en definitiva se quedarían con los documentos que yo tengo que arrebatarle a Carlos Cienfuegos. Es decir, el traidor tropicano se los entrega a Cienfuegos, yo se los quito a éste, y… Torres se hace finalmente con ellos para entregarselos a sus dos desconocidos amigos. A eso le llamo yo alambicar una situación. ¿Sabes algo de un tal Carlos Cienfuegos?

—No, pero si me explicas qué es exactamente lo que está ocurriendo te ayudaré todo cuanto pueda.

Brigitte explicó a Nathan todo lo ocurrido hasta entonces. Cuando terminó Nathan permaneció pensativo unos segundos.

—No acabo de comprender qué es lo que está tramando Sebastián, pero me siento muy disgustado con él, y se lo haré saber en el momento oportuno… y a mi manera.

—A mí se me ha ocurrido que algo importante está pasando o va a pasar en Trópico. ¿Sabes algo al respecto?

—Lo único importante que sé respecto a Trópico es que han encontrado petróleo.

—Ah, yo no tenía ninguna noticia sobre eso.

—Nadie la tiene, al parecer.

—Tú sí.

—Bueno, yo tengo mi… sistema peculiar de entender la buena vecindad. Un modo muy seguro de mantener buenas relaciones con el vecino es conocerlo bien.

—¡O sea, que tienes agentes tuyos en Trópico! —rió Brigitte.

—Digamos que cuando regresé de Capri me dije que sería una buena idea montar un servicio de información… protectora en torno a San Nataniel. Como quiera que Trópico es vecino de mi país pensé que convenía estar bien informado sobre sus particularidades. Así, supe que han encontrado petróleo en el mar, pero, por supuesto, si Trópico quiere mantener oculto ese suceso tan importante económicamente no seré yo quien fastidie a un vecino. Estoy a la expectativa, simplemente.

Ahora era Brigitte quien estaba pensativa, fruncido graciosamente el ceño.

—¿Crees que todo esto puede estar relacionado con el petróleo? —sugirió.

—Es posible.

—Sí… Una cosa que sería interesante saber es por qué Torres no quiere que yo vea al presidente.

—Sobre eso puedo decirte que Roque gozaba de la máxima confianza de Néstor Alcántara…, el cual podría alertarse al saber que lo habían asesinado, aunque de momento no supiera que había sido por orden de Sebastián. Éste debe de haberle dicho a Néstor que Roque se quedó en Estados Unidos por algún motivo bien fundado, seguramente de índole patriótica. Una cosa es absolutamente cierta: Sebastián está jugando sucio.

—Nosotros le daremos un buen baño —sonrió secamente Brigitte—, y así quedará muy limpito. En cuanto al presidente Alcántara, Torres no va a poder impedirme que lo vea.

—Estoy convencido de ello —rió Nathan—… ¿Qué haces ahora?

—Voy a llamar a Torres —Brigitte accionó la pequeña radio—. ¿Comandante Romero?

—A sus órdenes, señorita Luján.

—Quiero que avise al señor Torres de que preciso verle urgentemente en la villa.

—El señor Torres está descansando.

—Quiero ver al señor Torres antes de veinte minutos, comandante. Es todo.

Cortó la comunicación y se quedó mirando a Nathan, que sonreía divertido.

—Eres muy autoritaria, querida —opinó.

—O muy dulce —sonrió la divina—. Todo depende…

* * *

Sebastián Torres dirigió una mirada al hombre muerto, y, enseguida, se volvió hacia Brigitte, lívido el rostro.

—Es uno de mis hombres —musitó.

Brigitte fingió perfectamente un gran asombro, exclamando:

—¡Pero qué dice usted…!

—Ya lo ha oído —gruñó Torres—. Se llamaba Ramón.

—No comprendo —efectuó la divina espía una magistral interpretación de hipocresía—… ¿Por qué había de querer matarme uno de sus hombres?

Torres se pasó la lengua por los labios. Brigitte comprendió que se sentía sobrecogido por la frialdad que significaba en una mujer el hecho de clavar tres cuchilladas en los riñones de un hombre. Frialdad, potencia y valor, por supuesto. Y Torres creía esto porque, naturalmente, Brigitte así se lo había explicado, ocultando la presencia de Nathan en Trópico y su intervención.

—No lo sé —respondió a la pregunta de la espía—… Pero es fácil comprender que estamos siendo traicionados de algún modo. Alguien se ha enterado de nuestros planes y pretende impedirlos… Quizás a mí también me tengan reservada una visita como la que le ha hecho Ramón a usted.

—Podría ser —admitió Brigitte, al parecer muy preocupada, lo que daba una nueva prueba de su magisterio en el espionaje—… ¿Sospecha usted de alguien?

—Por el momento no…, pero sé que tampoco puedo confiar completamente en nadie.

—Eso es evidente. Se me ocurre que si no fuese porque usted ha identificado a este hombre seguramente habríamos pensado que lo había enviado Carlos Cienfuegos. Hay que reconocer que la vigilancia que hasta ahora han estado ejerciendo sobre él resulta cuando menos aparatosa…, y quizá finalmente se enfadó.

—Sí, ya me habló Lucas sobre esto… Dijo que usted temía que Cienfuegos la tuviese ya controlada, identificada como persona encargada de vigilarlo.

—¿No lo cree posible?

—¿Por qué no? Eso lo explicaría todo.

—¿De qué modo?

—Quizá Cienfuegos tenga amigos en mi servicio secreto… Entonces, quedaría claro que ha sido él quien ha enviado a uno de esos traidores a matarla a usted, a fin de librarse de su vigilancia. Cabe la posibilidad de que Cienfuegos la conociese de antes, o haya adivinado en usted una capacidad mayor que la de mis hombres para tenerlo bajo control. Y el modo de desconcertarnos a todos si su muerte fallaba era que el frustrado asesino fuese uno de mis hombres.

—Buena lógica —admitió Brigitte—. Bien, ¿qué hacemos?

—Llame a Lucas por la radio, que venga. Él y yo nos encargaremos de Ramón.

—¿Y qué me dice de mí?

—Supongo —deslizó con acre ironía Torres— que no va a quitarle a usted el sueño un hecho tan «insignificante» como el de haber estado a punto de morir asesinada.

—Es verdad —sonrió Brigitte dulcemente—… Seguiré durmiendo como un angelito que soy.

Llamó a Romero, mientras Torres la miraba pensativamente.

Cuando ella terminó la brevísima conversación con el comandante, Torres inquirió:

—¿Insiste en ver al presidente?

—Más que nunca.

—Tengo algo que rogarle: no mencione esto que está ocurriendo.

—¿Por qué?

—Digamos que todos los fieles a Néstor Alcántara lo queremos demasiado para proporcionarle disgustos o permitirle que otras personas se los proporcionen. Preferiríamos no decirle nada sobre lo que sucede hasta que todo estuviese solucionado. El golpe será duro entonces, pero… será un solo golpe.

—Lo entiendo. Y de acuerdo, no le diré nada. Tan sólo que tenía deseos de conocer al presidente de mi patria, de la cual partí hace muchos años con mis padres, siendo niña. Y ahora, muertos mis padres, y ya mi patria independiente, he decidido regresar… ¿Le parece bien así?

—Me parece perfecto.

—Pero es un engaño, ¿no le parece?

—No —rechazó Torres, frunciendo el ceño—. No es engaño, sino protección. Él tiene que mantenerse firme y sereno, tranquilo, para atender los asuntos corrientes de nuestro país. Creo… que esto es fácil de comprender por una mujer como usted.

—Sin duda. ¿Y respecto a Carlos Cienfuegos?

—Pues…

Sonó una llamada a la puerta del dormitorio. Brigitte autorizó la entrada, y apareció el comandante Romero. Vio el cadáver, frunció el ceño, y tras acercarse rápidamente a él y contemplar su rostro miró a Sebastián Torres, todavía más fruncido el ceño.

—¿Qué significa esto? —masculló.

—Se lo explicaré fuera de aquí, Lucas. Por el momento usted y

yo vamos a llevarnos a Ramón.

—Está bien —asintió Romero; miró fríamente a Brigitte—… ¿Lo ha matado usted, señorita Luján?

—Evidentemente —sonrió no menos fríamente la espía—. ¿Tiene algo que oponer, comandante?

Romero encogió los hombros y miró de nuevo a Torres. Éste se dirigió a Brigitte:

—Respecto a Carlos Cienfuegos todo sigue igual. Usted lo vigilará en todo momento posible, y esperamos que consiga esa cartera con documentos cuando el traidor se la haya entregado. Debo informarla muy seriamente que tales documentos no son de su incumbencia, por lo que tras apoderarse de ellos deberá entregármelos inmediatamente, sin intentar enterarse de su contenido.

Brigitte se echó a reír.

—¿Usted sabe lo que está diciendo? —exclamó—. Lo que pide es tan imposible para un espía como para un perro dejar de rascarse las pulgas. Ningún espía del mundo es capaz de tener en sus manos unos documentos secretos y no echarles un vistazo. Podríamos decir que es una especie de… vicio profesional.

—En su caso deberá abstenerse de examinarlos. Lo sabríamos. Y en ese caso temo que sus quinientos mil dólares continuarían en el fondo monetario del servicio secreto tropicano.

—¿No me pagarían?

—Si tuviéramos la más ligera sospecha respecto a su incumplimiento de contrato en ese sentido no le pagaríamos nada.

—Bien —suspiró Brigitte—… A fin de cuentas prefiero medio millón de dólares que enterarme de asuntos que no me importan.

—Sigo opinando que es usted una persona de gran inteligencia —sonrió Torres—. Le deseo una noche de feliz descanso.

—Así será… si otro de sus hombres no viene a asesinarme.

—Créame que lamento lo sucedido. Ayúdeme, Lucas.

Entre los dos se llevaron el cadáver del dormitorio. Brigitte salió al balcón, y poco después los veía salir, meter el cadáver en el coche en el cual había llegado Torres y alejarse de allí inmediatamente.

La espía entró en el dormitorio, se sentó en una butaquita, y encendió un cigarrillo.

—Ya puedes salir —dijo.

Nathan salió de debajo de la confortable cama, en cuyo borde se sentó, y encendió también un cigarrillo.

—Es un embustero aceptablemente convincente —murmuró—. En cuanto a esos documentos estoy seguro de que te las arreglarás para obtener microfotos de ellos.

—Naturalmente.

—Lo cual —deslizó astutamente Nathan— es algo de lo que Torres tiene que estar completamente seguro. Es evidente que él sabe que tú no te limitarás a traspasarle los documentos sin haberlos examinado como mínimo.

—Entonces sólo podemos llegar a la conclusión de que el amigo Torres tiene pensado eliminarme cuando le haya entregado la cartera.

—Es un iluso —rió de buena gana Nathan.

—Un perfecto iluso —rió también Brigitte—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Ahora? ¿Ahora mismo, esta misma noche?

—Sí.

—Pues… No sé. ¿Puedes hacerme alguna sugerencia?

Brigitte no sugirió nada. Se puso en pie y apagó el cigarrillo en el cenicero de grueso cristal, para acto seguido acercarse a Nathan muy despacio y sonriendo dulcemente…

Capítulo VI

Hacia las once de la mañana, aprovechando que la trayectoria del sol se dirigía hacia la villa ocupada por Carlos Cienfuegos y que, por tanto, el sol no podía reflejarse en los lentes de los prismáticos, Brigitte se hallaba utilizando éstos. Con muy poco provecho. Ciertamente veía a Cienfuegos tumbado en la playa de su villa, cerca de un gran parasol a franjas de colores; actividad que en nada podía delatar al espía de falsa nacionalidad mejicana. Tendido cara al sol, fumando de cuando en cuando un cigarrillo, Carlos Cienfuegos era la clásica representación del hombre en perfectas vacaciones.

Brigitte lo veía muy cerca, y admiraba la potencia muscular de su adversario. Era un hombre alto, atlético, duro. Se apreciaba la firmeza de su mentón, su gran seguridad en sí mismo. Era como el león en reposo, esperando la noche para acudir a la orilla del río a cazar algún venado tierno…

La llamada a la puerta del dormitorio sustrajo a Brigitte de sus pensamientos.

—Pase —autorizó, volviéndose.

Entró Berto, llevando una bandeja y en ella un gran sobre de color azul claro. Brigitte se quedó mirando el escudo que había en el ángulo superior izquierdo, mientras el criado aclaraba:

—Acaba de llegar.

—Bien. Gracias, Berto.

Éste se retiró. Brigitte abrió el sobre y sacó un tarjetón, también de color azul claro, que ostentaba el mismo escudo. Decía:

NÉSTOR ALCÁNTARA SANTOS

Presidente de la República de Trópico tiene el gusto de invitar a usted a la recepción de esta noche en su residencia del Palacio del Gobierno.

Ciudad Trópico, 12 de julio de 1966

Bien… Debía admitir que era un modo muy discreto de ponerla en contacto con Néstor Alcántara. El mejor modo de que su entrevista con él no llamase la atención de nadie era invitarla a la recepción. Acudirían tantas personas que nadie se extrañaría de que también estuviese allí una tropicana que parecía tener una sólida posición económica y que había regresado el día anterior a la patria.

Dejó el tarjetón y tomó los prismáticos, enfocándolos de nuevo hacia Carlos Cienfuegos. En aquel momento otro hombre entraba en el campo de visión de la espía, acercándose al falso mejicano. Le entregó un sobre, y Brigitte lanzó una apenas contenida exclamación. Aquel sobre era grande, de color azul claro… Del sobre Cienfuegos extrajo un tarjetón, que leyó rápidamente y se lo devolvió al hombre, el cual se alejó. Cienfuegos volvió a tumbarse felinamente al sol, muy satisfecho de la vida al parecer.

Durante un par de minutos Brigitte permaneció pensativa sin dejar de mirar a Cienfuegos. De pronto tomó una decisión. Dejó los prismáticos, se puso en pie y fue hacia el armario. Lo abrió y sacó de él unos shorts a rayas rojas y negras, una blusita sin mangas del mismo color rojo que las rayas de los shorts, unos zapatos ligeros pero de tacón alto, y un delicioso sombrerito playero. Luego, en el bolso de paja teñida de rojo colocó algunos de sus útiles de espía: radio, boquilla con dardos venenosos, magnetófono de bolsillo, encendedor-cámara para microfotos… La pistola no era conveniente llevarla, puesto que no podía esconderla en ningún sitio y para defenderse le bastaba la boquilla. Se quitó la bata y la camisita y se puso las prendas elegidas. Luego se miró al espejo del cuarto de baño, se dijo que estaba divina en verdad, y le tiró un beso a su imagen del espejo.

—Buena suerte, querida —se deseó a sí misma.

Recogió el bolso de paja roja y salió del dormitorio. Abajo, en el gran patio-vestíbulo se cruzó con Berto, que se la quedó mirando fijamente.

—Voy a dar un paseo en lancha, Berto. Espero no tardar más de una hora. Pero si me retrasase por cualquier causa le avisaría por teléfono.

—Muy bien, señorita. ¿Alguna indicación para el almuerzo?

—Ninguna. En ocasiones me conformo con cualquier cosa.

Salió de la casa caminando graciosamente hacia la playa. Una vez allí fue directa al embarcadero donde tenía la lancha a su disposición. Examinó los mandos comprobando que podría manejarla sin dificultades, y se metió en el pequeñísimo sollado de los motores. Localizó el conducto del combustible y luego el tubo de entrada. Introdujo en el depósito un tubo con bomba de succión a mano, y sacó casi todo el combustible, pasándolo a algunos bidones vacíos. Los sacó de la lancha y los arrastró hacia los cercanos cocoteros, dejándolos a la sombra de éstos. Regresó a la lancha, encontró el remo auxiliar, y lo tiró a la arena.

Luego zarpó mar adentro, pero un tanto en diagonal hacia la villa que ocupaba Carlos Cienfuegos. Pasó cerca de aquella playa segundos después, a buena velocidad, mirando de reojo. El falso mejicano continuaba tomando el sol con tanto empeño como si se tratase de una obligación ineludible. Durante un par de minutos fue alejándose de la zona residencial playera de Ciudad Trópico, hacia las pequeñas calas rocosas del borde sur de la isla. Luego dio la vuelta, emprendiendo el regreso a su villa. Y justo cuando estaba a menos de doscientas brazas de la playa donde Carlos Cienfuegos tomaba el sol oyó el primer fallo del motor…, que acabó parándose a menos de ochenta brazas de la playa donde Cienfuegos de hallaba. Todavía durante algunas brazas más la lancha se movió, debido al último impulso del motor, pero pronto quedó meciéndose silenciosamente sobre las azules aguas transparentes.

Carlos Cienfuegos se había incorporado y miraba hacia allí. Sonriendo, porque sabía que si aquel hombre era un espía ella no conseguiría engañarlo con tan ingenua toma de contacto, Brigitte estuvo un par de minutos más yendo de un lado a otro de la lancha con actitudes de impaciencia y contrariedad. Finalmente, bien visible desde la borda, se quitó los shorts, la blusita y los zapatos, quedando únicamente con el bikini rojo. Dejó caer el anclote y se lanzó al agua. Al salir a la superficie vio que Carlos Cienfuegos se había puesto en pie y caminaba muy interesado hacia la orilla. Cuando llegó allí el falso mejicano se había metido en el agua y le tendía la mano para ayudarla a salir. Brigitte aceptó aquella gran mano bronceada, y luego el simpático abrazo del hombre llevándola

hacia la playa. Se dejó caer en la arena, suspirando de cansancio, mirando con gesto agradecido a Cienfuegos.

—Creo… creo que se me terminó la gasolina —jadeó.

—¿Se encuentra bien? —se interesó él.

—Oh, sí, gracias… No soy tan mala nadadora como parezco. Es que estoy… desentrenada.

—Es evidente, porque la distancia no era mucha —sonrió él—. Por fortuna esto no le ha pasado varias millas, mar adentro.

—Habría sido terrible… Dicen que hay tiburones por estas aguas.

—Los hay. Pero no suelen llegar demasiado cerca de la costa… ¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues… Bueno —Brigitte miró a su alrededor como desconcertada—, creo que no estoy muy lejos de casa, señor…

—Carlos Cienfuegos. Y en efecto, somos vecinos, ya que su villa está muy cerca de la mía. Ahí mismo —señaló, sonriendo.

—Parece… que he invadido su propiedad.

—Una invasión maravillosa, señorita…

—Luján. Margarita Luján.

—¿Es usted tropicana?

—En efecto. ¿Y usted?

—No. ¿Me permite que me siente a su lado?

—Por favor… Además de estar en su casa me ha salvado la vida.

Cienfuegos se sentó, riendo, en lo que Brigitte le imitó, empleando su máxima seducción.

—Pues ojalá fuésemos chinos los dos —dijo él.

—¿Y eso por qué?

—Porque dicen que en China, cuando una persona salva la vida a otra se convierte en dueño de la persona salvada.

Brigitte tuvo un brevísimo instante de desfallecimiento ante el súbito recuerdo de Lin Yuey[3], pero pudo más su autocontrol que la tristeza que de modo fulminante se había abatido sobre ella. Y tal fue su control sobre sus emociones que, sin que Cienfuegos hubiese notado nada, pudo soltar una cristalina carcajada.

—¡Me pregunto para qué me querría usted a mí! —exclamó.

—Pues… Caramba, señorita Luján…

—¡No conteste, no conteste! —rió una vez más la divina—. ¡Oh, debe de haberme quedado un peinado horrible…!

—Tengo que contradecirla: su peinado, incluso en estas condiciones, resulta encantador.

Ella se lo quedó mirando atentamente, con una sonrisita como de sorpresa en sus hermosos ojos azules de niña ingenua. Tras una corta pausa, en la que dio la impresión de encontrar una respuesta agradable sobre aquel «desconocido», sonrió levemente.

—Es usted muy galante, señor Cienfuegos… ¿Dice que no es tropicano?

—Soy mejicano. Espero que no tenga nada contra Méjico.

—¡De ninguna manera! Me encanta el país… De otro modo no estaría aquí.

—Claro… ¿Está de vacaciones?

—No exactamente. Tengo algunos pequeños negocios que resolver en la ciudad, pero como son lentos aprovecho la ocasión para tomar el sol y nadar un poco… ¿Me permite invitarla a tomar algo?

—Pues no sé… Teniendo la lancha ahí a merced del mar…[2]

—Luego la recuperaremos. Me pareció ver que tiraba el anclote.

—Ah, sí, claro.

—¿No lleva remo para emergencias?

—No. Llegué a la villa, me dijeron que la lancha estaba a punto, y… ya ve. Ni combustible, ni remo, ni nada.

—Ya arreglaremos eso. ¿Tomaría un julepe de menta?

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Brigitte, como extasiada.

—Me alegro —rió Cienfuegos—. Le sugiero que se seque bien con mi toalla y que nos refresquemos a la sombra de la pérgola. Incluso puedo prestarle un albornoz… un poco grande para usted, desde luego.

—Es usted muy amable. Lo acepto todo… excepto el albornoz. No soy una mujer fría.

—Magnífico —la miró intensamente Cienfuegos.

Se puso en pie, le tendió la mano, y ella aceptó. Luego, sin que el falso mejicano le hubiese soltado la mano, se dirigieron hacia la cercana villa, secándose Brigitte con la gran toalla de colores. Se sentaron en la pérgola, pero al sol, y Cienfuegos pidió dos *mint juleps* al mismo hombre que le había llevado antes el tarjetón a la playa. Por encima de ellos el sol pasaba a través del enrejado verde de las plantas, de modo que el ambiente resultaba sumamente

agradable, sin excesivo calor.

Brigitte aceptó un cigarrillo, y tras lanzar la primera bocanada de humo miró fijamente a Cienfuegos y susurró, sonriendo con una leve timidez encantadora:

—Si hubiese sabido que tenía un vecino tan amable…

—¿Qué?

—Pues… habría regresado antes a Trópico.

Cienfuegos volvió a mirarla intensamente, y de pronto acarició suave y lentamente el brazo de la espía.

—Dicen que más vale tarde que nunca —susurró.

Ella miró la mano de él, y también murmuró:

—Y parece que es cierto, señor Cienfuegos.

—Por favor, no me llame así… ¿Qué le parece el nombre de Carlos?

—Es bonito —sonrió Brigitte—. ¿Y qué le parece a usted el de Margarita?

—Un nombre maravilloso. Parece que los dos somos muy educados.

—¿Educados? ¿Por qué dice eso?

—Nos estamos portando muy… correctamente. Es posible que yo le resulte un poco tonto e insípido, y sin embargo usted me trata como si fuese un hombre… interesante.

Brigitte estuvo unos segundos mirando la brasa de su cigarrillo, como absorta. Luego miró breve, rápidamente, los ojos de Cienfuegos.

—Yo creo que es usted demasiado modesto, Carlos. En cuanto a mí sé positivamente que soy… más bien bonita. He vivido muchos años en Estados Unidos, y… Allí las cosas de esta clase son más bien simples, normales… Suelen aceptarse con sinceridad.

Carlos Cienfuegos asintió con la cabeza. Se inclinó un poco y besó a Brigitte en un brazo.

—Quizá podríamos pensar que los dos somos norteamericanos —sugirió.

—A mí no me costará ningún esfuerzo.

Cienfuegos iba a decir algo, pero en aquel momento llegaba el criado con una bandeja, y en ella los dos julepes de menta. La dejó en la mesita redonda de la pérgola y se alejó, sin haber pronunciado una sola palabra. Cienfuegos entregó uno de los altos vasos con

hielo picado y menta a la divina espía, y tomó el otro, que adelantó en ademán de brindis.

—Por usted, Margarita.

—¿Y por qué no por los dos? —sonrió ella dulcemente.

—Que sea por los dos.

Bebieron lentamente, mirándose a los ojos.

Ambos estaban mintiendo, y ambos lo sabían. Pero la mentira resultaba agradable. Era como un juego que podía acabar bien o mal. Bien para uno, mal para otro… O mal para los dos.

—Debería regresar ya —murmuró Margarita Luján—. De lo contrario mis criados podrían alarmarse.

—¿No tienes teléfono en tu villa?

—Claro que sí.

—Podrías llamarlos desde aquí, decirles que te quedas a almorzar conmigo, y que regresarás más tarde.

—¿Me estás invitando a almorzar?

—Evidentemente.

—¿No sería más apropiado invitarme a una… cena íntima?

—Desde luego. Pero esta noche no podría ser.

—Tampoco yo podría aceptar tu invitación para esta noche —rió Brigitte—. Estoy invitada nada menos que al Palacio del Gobierno. Carlos Cienfuegos se quedó mirándola con incredulidad.

—¿De veras? —exclamó.

—He recibido una invitación del presidente Alcántara. Dicen que es un hombre encantador, sosegado, juicioso… Calculo que ha visto en mí a una ciudadana pudiente que quizás esté dispuesta a colaborar en el progresivo engrandecimiento de la patria.

—Es curioso.

—¿Curioso? Yo creo que no… En algunos Estados de reciente independencia muchos ciudadanos han puesto sus fortunas propias al servicio de la patria. Es corriente, a mi entender.

—Lo sé. Pero no me refiero a eso… Yo también he recibido una invitación para asistir esta noche a la recepción del presidente.

Brigitte se quedó mirándolo con una magistralmente lograda expresión de estupefacción.

—¿Estás invitado? ¡Oh, eso me parece muy grato, Carlos! Significa que podremos vernos allí…

—Podríamos hacerlo todavía mejor —rió él—. En primer lugar

almorcemos juntos aquí, en mi villa. Luego, a media tarde, solucionamos lo de tu lancha y te llevaré a tu villa. Regresaré aquí y, tras resolver pequeños asuntos, hacia las ocho paso a buscarte y vamos juntos al Palacio del Gobierno… Y te apuesto lo que quieras a que no habrá una pareja más sensacional que nosotros. ¿Aceptas?

—¡Acepto! —rió Brigitte—. Y espero que tus pequeños asuntos salgan a pedir de boca. Supongo que será así, ya que tienen que ver con el presidente Alcántara.

—No tienen gran cosa que ver.

—¿No? Bueno, como te han invitado a la recepción…

—Tengo amigos en el Consejo, eso es todo. Supongo que alguno de ellos ha considerado de la más elemental cortesía invitarme… Perdóname un minuto: iré a dar las órdenes oportunas. No me gustaría que quedases descontenta de esta invitación.

Cienfuegos se puso en pie y se dirigió hacia la casa, al entrar en la cual encontró inmediatamente a su criado, que guiñó un ojo alegremente y dijo:

—No se puede pensar que lo estás pasando mal, ¿eh?

—¿Has tomado las fotos? —sonrió Cienfuegos.

—Hombre, claro.

—No tendremos tiempo de enviarlas y recibir respuesta, Spencer, así que quiero que llames inmediatamente a Washington, y les describes esa mujer con todo detalle. Juraría que es norteamericana, pero quiero saber si hay algo de ella en los archivos de cualquier organismo. En cuanto a las fotos…

—Puedo enviarlas por telefoto.

—Inténtalo.

—Vaya señora estupenda, compadre —sonrió Spencer.

Cienfuegos también sonrió, pero secamente.

—¿Alguna vez has visto una serpiente cambiando la piel?

—¡Hombreee…! ¡No irás a comparar ese bombón con una serpiente, Kirk, maldita sea tu estampa!

—Físicamente, no. Pero ella es astuta como una serpiente cambiando la piel… O más.

—Pues yo diría que es infantil, ingenua, adorable…

—Cuando más bonitas están las serpientes es en el momento de cambiar la piel…, pero al mismo tiempo es cuando resultan más peligrosas, no lo olvides.

Spencer encogió los hombros.

—Lo de quedarse sin gasolina en la lancha ha sido gracioso, no irás a negarlo. Y muy ingenuo.

—Precisamente por eso. Las mentes más inteligentes son las que menos se complican la vida. Ella quería hacer contacto, y lo ha hecho del modo más simple. Reserva su astucia para cosas mucho más importantes.

—¿No estás exagerando?

—Quizá sí. Pero ella no es tropicana, sus sirvientes nos han estado vigilando aquí y fuera de aquí incluso con prismáticos, y nosotros tenemos algo que hacer en Trópico. Por tanto tenemos que jugar a la desconfianza. Nada de relajarse. En fin, llama a Washington, a ver si nos enteramos de algo que sea verdad sobre la hermosa señorita Luján.

—Ojalá esté soltera —suspiró Spencer.

—Ojalá esté jugando limpio —deseó Cienfuegos.

Convinieron lo del almuerzo para él y Brigitte, y Cienfuegos regresó Junto a la espía.

* * *

A las cinco y media de la tarde Brigitte llegaba a la playa de la villa que había sido puesta a su disposición, manejando su lancha, ya provista de gasolina gracias a la amable generosidad de Carlos Cienfuegos. Detrás de la lancha de Brigitte iba la del falso mejicano, amarrada a la popa.

Tras despedirse, Cienfuegos saltó a su lancha y emprendió el regreso. Brigitte fue a la casa y subió directamente al dormitorio. Se desnudó y entró en el cuarto de baño. Abrió el grifo de agua caliente, pero apenas había comenzado a brotar el chorro vio el diminuto aparato colocado en un lado de la bañera. Lo cogió, lo estudió sonriendo, y, por fin, apretó un diminuto botón. En el acto oyó la voz de Nathan:

«—El comandante Lucas Romero os ha estado vigilando toda la tarde. En mi opinión ni él ni Sebastián están tranquilos respecto a que las cosas les salgan bien. Según entiendo, el contacto que has realizado con Carlos Cienfuegos no es de su agrado. Respecto a Cienfuegos todo lo que puedo decirte por ahora es que no es

mejicano. Sobre su criado te notifico que ha estado tomando fotografías tuyas con una cámara con teleobjetivo desde el interior de la casa. Sean quienes sean calculo que sabrán muy pronto quién eres tú. Ten cuidado, querida. Acude esta noche a la recepción de Néstor Alcántara, pero hazlo armada. La pistola en tu muslo puede solucionar muchas cosas. Procuraré estar cerca de ti en todo momento. Cuenta incondicionalmente conmigo. Me llamo Nathan… y te adoro».

La grabación terminó, y Brigitte, sonriendo, pensó que las cosas se estaban poniendo al rojo vivo. Mejor. Así arderían pronto, y ella necesitaría menos de una semana para ganar el medio millón de dólares prometido por Sebastián Torres.

Decidió bañarse prolongadamente y perfumarse. Quería estar seductora como nunca aquella noche.

Capítulo VII

De acuerdo a lo convenido, a las ocho y media Carlos Cienfuegos pasó por la villa de Brigitte a recogerla con el coche. Y para su sorpresa ella no le hizo esperar ni siquiera cinco segundos. Puntual como siempre, Brigitte apareció en lo alto de la escalera cuando Cienfuegos apenas había tenido tiempo de decirle a Berto el motivo de su presencia allí. Deslumbrante, Brigitte bajó la escalinata como la reina a la que están esperando sus súbditos, y sonrió cuando, al llegar ante el falso mejicano, éste permaneció todavía unos segundos con la boca abierta antes de poder susurrar:

—Virgen de Guadalupe…

—¿Te ocurre algo, Carlos?

—¿Algo? ¡Algo…! ¿Puedo decirte que jamás he visto una mujer más divina que tú?

Brigitte entornó los párpados, sonriendo maliciosamente.

—Has dado con la palabra exacta: divina.

Se tomó de su brazo y salieron de la casa riendo los dos. Subieron al coche que Cienfuegos tenía alquilado en Trópico, y partieron hacia la ciudad, que tenían que cruzar para llegar al otro lado de la bahía, donde estaba el Palacio del Gobierno.

Cuando llegaron allí casi era de noche, y la gran casa-palacio donde el presidente de la República de Trópico tenía su residencia parecía un ascua de luz, cerca del mar, rodeada de cocoteros. Se apearon del coche en el estacionamiento donde ya había no menos de treinta vehículos, y poco después, tras previa presentación de sus correspondientes tarjetones, eran introducidos en el palacio… No sin que Brigitte hubiera visto ya, antes de entrar, el coche en el cual llegaron Lucas Romero y dos hombres más. Era evidente que la estaban siguiendo y que, no poco inquietos por su amistosa proximidad a Cienfuegos, no querían perderlos de vista a ambos.

En cuanto a Cienfuegos, pareció no darse cuenta de nada, sin

que con ello engañase a Brigitte, que sabía que la naturalidad y despreocupación del falso mejicano eran tan auténticas como las suyas propias.

Apenas entraron en el gran salón Sebastián Torres acudió presurosamente a su encuentro, mientras, como siempre, la aparición de Brigitte provocaba una especie de colapso colectivo masculino y ramalazos de envidia en los ojos femeninos. Era una fiesta brillante, con elegantes mujeres y hombres apuestos de oscuros ojos de mirada ardiente… Gran cantidad de joyas brillaban bajo la intensa luz de tres grandes arañas de cristal suspendidas del techo. Los grandes ventanales que daban al jardín estaban abiertos, y no menos de una docena de sirvientes con libreas de bello colorido se deslizaban entre los invitados portando bandejas en las cuales se servían canapés en apetitoso surtido, incluyendo los de salmón, caviar y pâtés finos, y por supuesto bebidas frías, entre las que destacaba por derecho propio el champán.

—Oh, señorita Luján —acudió a saludarla amablemente Torres —… Nos produce gran satisfacción tenerla entre nosotros. Sea bien venida.

Brigitte aceptó la mano de Torres, sonriendo cálidamente.

—Gracias, señor Torres… Le presento al señor Carlos Cienfuegos, mejicano pero enamorado de Trópico. —Los dos hombres se estrecharon la mano mientras ella terminaba la presentación—… Carlos, el señor es Sebastián Torres, ministro de Relaciones Internacionales de Trópico… Tuve el gusto de conocerlo en Estados Unidos, y me convenció para que regresáramos a Trópico a fijar nuestra residencia.

—Estás hablando en plural —dijo Cienfuegos—… Creí que estabas sola en Trópico.

—También yo estoy sorprendido —aseguró Torres—. ¿Quién más ha venido a Trópico con usted?

—Mis millones —rió la señorita Luján—. Espero que encontraré el modo de que resulten útiles en Trópico.

—Eso esperamos —sonrió alegremente Tores—. Pero aunque hubiese venido usted sin un solo dólar habría sido bien recibida en su patria.

—Muy amable. ¿Cree que podré conversar unos minutos con nuestro presidente?

—No tardará en aparecer, y, por supuesto, podrá conversar con él. Por favor, vengan conmigo, les presentaré a algunos invitados… Por cierto, señor Cienfuegos, usted debe de conocer a alguien aquí, puesto que ha sido invitado…

—En efecto. Conozco al señor Robles.

—¡Ah! Santiago Robles, nuestro ministro de Relaciones Comerciales… Lo he visto antes por aquí. Vengan, les presentaré algunos personajes importantes mientras Robles no se deje ver.

Les presentó a no menos de veinte invitados de ambos sexos, yendo de un lado a otro del salón. Finalmente se disculpó y los dejó solos cerca de una de las terrazas, con una copa de champán frío en la mano de cada uno.

Estaban riendo los dos un comentario de Cienfuegos cuando un hombre llegó junto a ellos, procedente de la terraza, sonriendo y tendiendo la mano a Cienfuegos.

—¿Qué tal, Carlos? —saludó cordialmente.

—Ah, Santiago… Una fiesta encantadora, en todos los aspectos. Gracias por la invitación.

Santiago Robles tenía apenas cuarenta años, era elegante, de hombros anchos, mirada brillante y frente despejada. El conjunto resultaba muy viril y agradable.

—Según parece —continuó sonriendo— usted ha sabido elegir para sí la más hermosa de las damas presentes.

Cienfuegos rió muy satisfecho.

—¡Siempre fui un muchacho muy inteligente! —exclamó—. Margarita, te presento al señor Santiago Robles, ministro de Relaciones Comerciales… Ella es Margarita Luján, y ustedes tienen la dicha de tenerla como compatriota, Santiago.

Robles se inclinó a besar la mano de Brigitte, musitando:

—Algo he oído decir respecto a la bellísima tropicana que ayer regresó a la patria. Nos sentimos honrados y dichosos, señorita Luján.

—Creo… creo que todos están siendo… demasiado amables conmigo, señor Robles.

—¿Demasiado? ¡Por favor…! ¿Podemos contar con que permanecerá en Trópico para siempre?

—Eso espero. Y si recibo siempre tantas amabilidades no me quedarán ni siquiera deseos de salir como turista.

—Extremaremos las amabilidades, se lo garantizo. Oh, ahí tenemos a Néstor.

En aquel mismo instante, confundido con la voz de Robles, se oía un agudo y brevísimo toque de cornetín, que sorprendió a Brigitte. Todos se volvieron hacia la gran puerta por la que aparecía Néstor Alcántara Santos. El silencio fue total en un segundo.

Brigitte miraba con curiosidad al hombre que regía la reciente república independiente. Debía de tener poco más de cincuenta años, su cabello oscuro era muy abundante, mezclado con muchas canas, y su rostro no podía ser más noble y de facciones aristocráticas. Sus ojos eran grandes, alargados, oscuros. De estatura mediana, elegante, sobrio. Difícilmente podría encontrarse otro hombre entre los presentes que reuniese en su porte, en su serena gallardía, las condiciones tan idóneas para dirigir la pequeña república. Néstor Alcántara había alzado las manos.

—Señoras y señores, buenas noches y gracias por su grata presencia. Hoy, doce de julio, se cumplen seis meses de nuestra independencia, y he querido que pudiésemos congratularnos todos juntos de esa efemérides. Por ello —se volvió hacia el criado que aguardaba a su lado con una bandeja y en ésta una sola copa de champán, que tomó con gesto elegante— ruego a todos los presentes un brindis sencillo, sin protocolos: ¡Viva Trópico!

Obtuvo inmediata respuesta. Un «¡Viva Trópico!» resonó en el salón, y todos bebieron un sorbo de champán. Acto seguido Alcántara dejó su copa, sonrió, y movió simpáticamente una mano.

—Deseo que todos se diviertan mucho. Gracias.

Hubo aplausos, se reanudó la música, y cada cual continuó con su actividad anterior. Algunas personas se acercaron al presidente, que las recibió con sonrisas, saludos, apretones de manos…

—Un hombre interesante —murmuró Cienfuegos.

—El gobernante más adecuado para un país como Trópico —asintió con vehemente entusiasmo Santiago Robles—. En realidad él es Trópico. Todo lo que hoy somos a él se lo debemos.

Sebastián Torres llegó junto a los tres, saludó a su colega Robles, y tomó de un brazo a Brigitte.

—¿Quiere conocer al presidente de un modo personal?

—Oh, sí, encantada… ¿Vienes, Carlos?

—Yo presentaré al señor Cienfuegos al presidente dentro de

unos minutos —dijo amablemente Robles.

—Ve tú —sonrió el falso mejicano—. Aceptaremos la sugerencia del señor Robles.

—Como quieras.

Torres y Brigitte se alejaron cruzando el salón. Torres dijo:

—Ese hombre es de una audacia increíble… ¿De dónde obtuvo la invitación?

—He entendido que se la envió Santiago Robles.

—Ah, ya… ¿Ha oído usted algo que ellos hayan hablado sobre el asunto que…?

—Naturalmente que no han hablado nada. Deben de estar haciéndolo ahora. Y… Bueno, el señor Robles parece la persona más indicada para proporcionar esos documentos a Cienfuegos, ¿no cree?

—Creo que, si esto es cierto, los dos están haciendo alarde de una desvergüenza excesiva… Y respecto a Robles, su comportamiento ha sido siempre intachable. No obstante, usted es quien tiene que averiguar la verdad… Si él es el traidor a Trópico quiero saberlo cuanto antes. Pero, sobre todo, vigile a Cienfuegos.

Esos documentos no deben salir de Trópico.

—Se lo garantizo. Tengo a Cienfuegos bien… controlado.

Torres presentó a Brigitte a Néstor Alcántara, que miró a la espía afablemente. Sin embargo, Brigitte tuvo la certeza de que había una lucecita irónica en los ojos del presidente.

—Encantado, señorita Luján. Nuestra independencia y usted son los más apreciados y hermosos tesoros que tenemos en Trópico.

—Honradísima, señor presidente —sonrió la divina—. Pero lo hermoso no es absolutamente imprescindible en un país. Sí lo es, en cambio, un hombre íntegro que sepa proporcionárselo.

—Magníficas palabras —sonrió Alcántara—. Espero que encuentre en su patria más satisfacciones que fuera de ella.

—Hasta el momento así es.

—Lo celebro. ¿Más champán?

—Sí, gracias.

Estuvo segura de que el brillo irónico aumentó en los ojos de Néstor Alcántara, quien se volvió e hizo una seña a un criado, que se acercó rápidamente portando una bandeja en la que se veían algunas copas y un pequeño recipiente de cristal con algo rojo en su

interior y unas pinzas sobresaliendo por el borde. Alcántara tomó esas pinzas, prensó con ellas algo del contenido del pequeño recipiente, y lo sacó, colocándolo en una copa de champán frío: era una guinda. Tomó esa copa y la ofreció a Brigitte, que apenas había podido contener su sobresaltada sorpresa.

—Espero que le guste el champán con guindas, señorita Luján.

—Pues… no lo había probado nunca, pero se me ocurre que debe de resultar… agradable.

—Quizás un tanto exótico —sonrió Alcántara—, pero muy agradable. Hay pocas personas en el mundo que tengan como bebida favorita champán muy frío con guinda. Por usted, señorita… Luján.

—Por Trópico —musitó Brigitte.

Bebieron los tres. Brigitte se preguntó si Sebastián Torres sabía ya que Néstor Alcántara conocía perfectamente la personalidad auténtica de la mujer que le había sido presentada como Margarita Luján. Esto era tan evidente que habría resultado absurdo intentar convencerse de lo contrario. Fuese como fuese el presidente de Trópico sabía que tenía ante él a la más audaz, astuta, inteligente e implacable agente de la CIA.

—Y ahora, señorita Luján, deberá disculparme… Debo atender a otros invitados. Pero espero que usted y yo podremos conversar más largamente en otra ocasión menos… protocolaria.

—A su disposición, señor presidente.

Se alejó del brazo de Torres, inquieta, grabada en su memoria la irónica mirada de Alcántara. Carlos Cienfuegos conversaba animadamente con Santiago Robles, y al ver solo al presidente se acercaron a él en el acto. Sebastián Torres, que por supuesto captó esta rápida maniobra, miró fijamente a Brigitte.

—¿Por qué no le ha mencionado a Néstor el mensaje de Roque? —se interesó expectante.

—Es lo que usted quería, ¿no? A mí también me ha parecido que era innecesario exponer a un hombre como él a un disgusto. Especialmente en una fecha señalada como es hoy para su país. Por otra parte, creo haber entendido que el señor presidente está dispuesto a recibirme privadamente no tardando mucho.

—Sí, así lo he interpretado yo también. Supongo que seré el encargado de comunicarle la cita. Mientras tanto, me complace que

haya tenido el buen juicio de no decirle nada preocupante.

—Eso no habría beneficiado a Roque, y quizás habría perjudicado al señor Alcántara. Ya habrá ocasión más propicia… ¿No le gustaría saber lo que están hablando Cienfuegos y Robles con el presidente?

—Daría cualquier cosa. Y se me ocurre que quizás usted podría acercarse allá como quien no quiere la cosa y…

—Demasiado tarde —sonrió Brigitte—: la conferencia ha terminado.

En efecto, tras una conversación que ni siquiera había durado un minuto, Robles y Cienfuegos se alejaron del presidente. El primero se unió a un grupo, y el falso mejicano se reunió con Brigitte, mientras Torres se alejaba de ella.

—Un hombre excepcional —dijo Cienfuegos, impresionado—. ¿No te lo ha parecido a ti también?

—Bueno, tendría que conversar con él para definirlo como excepcional —dijo Brigitte—, pero sí puedo decirte que me ha parecido encantador. Y muy inteligente, eso sí. Aunque inteligente no es lo mismo que excepcional.

Carlos Cienfuegos asintió, mirando intensamente los azules ojos de Margarita Luján.

—Tienes razón —murmuró—… Bueno, creo que hemos venido aquí a divertirnos. ¿Qué se te ocurre que podemos hacer?

—La noche es joven —rió Margarita—. Podemos bailar, beber champán, pasear por los jardines conversando…

* * *

—¿Te has divertido?

—Mucho… Ha sido una fiesta deliciosa, Carlos. Supongo —sonrió— que lo creo así debido a tu compañía.

Carlos Cienfuegos quedó serio de pronto. Pasó un brazo por la cintura de Brigitte y la atrajo lentamente. Brigitte cerró los ojos, y sus labios se separaron apenas, ofreciéndose frescos, tiernos, dulcísimos… Cienfuegos los besó apasionadamente, apretando más fuerte contra su cuerpo el de la divina espía. Estaban en el coche, con los cristales de las ventanillas bajados, y en el aire de la noche flotaba el chirriar de numerosos insectos. El rumor del mar llegaba

hasta allí mezclado a los otros ruidos monótonos a fuerza de repetidos incesantemente.

—¿Debemos despedirnos? —susurró Cienfuegos, tras el beso.

—Temo que sí, Carlos.

—Supongo que estás cansada.

—Muy cansada. Creo que me dormiré antes de dos minutos: el tiempo de llegar a mi habitación y desvestirme… ¿Estarás mañana en la playa?

—Nada podría impedírmelo.

Volvieron a besarse. Brigitte pasó sus manos hacia la nuca de él, y notó su estremecimiento. Se apartó enseguida, se apeó, y se asomó por la ventanilla, sonriendo.

—Hasta mañana —musitó.

Cienfuegos sonrió también, pero sin poder ocultar su decepción, y puso en marcha el coche, aunque sin alejarse de allí hasta que Brigitte hubo entrado en la casa. En ésta, Brigitte llegó rápidamente a su dormitorio, y se asomó al balcón cautelosamente, sin haber encendido todavía ninguna luz.

Cienfuegos se había marchado.

La espía fue al teléfono y oprimió varias veces el soporte, hasta oír la voz de Berto.

—¿Señorita?

—Berto, ¿está preparado el coche pequeño?

—Sí, señorita.

—Lo quiero en la puerta antes de dos minutos.

Colgó, se desnudó velozmente, y sacó del armario unos pantalones largos, negros, y un jersey también negro y de manga larga. Se vistió con estas prendas, se puso unas zapatillas de suela de goma y también negras, y sacó su maletín. Lo primero que tomó esta vez fue la pistola, que se colocó en la cintura. La boquilla, en un bolsillo. Una pequeña caja de plástico, la radio con la frecuencia de la CIA.

Utilizó ésta para insistir una vez más en su llamada:

—Simón… ¿Está ahí, Simón?

No obtuvo respuesta. Esta vez la CIA había dejado sola a su agente favorita, la cual, tras cerrar la radio, continuó proveyéndose de cosas que podía llegar a necesitar y que fue distribuyendo en los bolsillos del pantalón…

Cuando bajó el coche estaba preparado y Berto junto a él. Subió sin decir una sola palabra y se alejó. En menos de medio minuto estaba escondida con el coche entre unos arbustos, fuera del camino que conducía a la villa ocupada por Carlos Cienfuegos. Estaba convencida de que sólo tenía que esperar. Mientras tanto podía dedicarse a pensar en el sorprendente hecho de que Néstor Alcántara Santos le hubiese ofrecido champán con guinda. Y a lo mejor hasta encontraba una explicación.

Capítulo VIII

Tuvo que esperar casi hasta las dos y media de la madrugada. A esa hora, de pronto, oyó el motor de un automóvil, y poco después aparecía el de Carlos Cienfuegos, conducido por éste, con todas las luces apagadas. Pasó muy cerca de donde Brigitte, también con las luces del suyo apagadas, estaba escondida, manos al volante. La divina espía esperó unos segundos y luego salió de entre los arbustos enfilando el camino.

No veía el coche de Cienfuegos, pero sabía que cuando llegase a la carretera Cienfuegos tendría que encender por lo menos las luces de posición… Entonces podría seguirlo a buena distancia, con bastante comodidad y seguridad. Y así fue. Quince minutos más tarde el coche entraba en una villa alejada de la playa, hacia el interior. Un hombre le abrió las verjas a Cienfuegos y las cerró cuando éste hubo entrado, directo hacia la casa que brillaba blanca y sin luces a la luz de la luna tan sólo.

Brigitte detuvo su coche, escondiéndose de nuevo. Se apeó y caminó hacia las verjas, pero hacia la izquierda de la entrada. Cuando estuvo segura de que no podría ser vista desde allí escaló ágilmente las verjas hasta llegar a lo alto, donde las agudas puntas de lanza impusieron más cautela a sus movimientos. No le resultó difícil rebasar las puntas de lanza, como una graciosa pantera negra. Luego se deslizó por los barrotes de hierro hasta el otro lado para quedar agazapada en la oscuridad del jardín. Esperó un minuto, recuperando el ritmo normal de la respiración. Luego caminó, siempre buscando las sombras, hacia la entrada a la villa. Cuando llegó allí vio inmediatamente al hombre colocado de vigilancia. Estaba apoyado en la pared de la pequeña construcción destinada sin duda a portería. Parecía tan tranquilo y confiado que incluso se permitía el lujo de fumar, con lo que su rostro se iluminaba en rojo tenue de cuando en cuando.

La espía miró hacia la casa, pero no vio ninguna luz. Sin duda la entrevista entre Cienfuegos y el traidor se estaba desarrollando en un despacho interior, o quizás habían corrido las cortinas… Lo importante en aquellos momentos era el hombre que vigilaba el exterior. Tenía que anularlo inmediatamente. Pero el hombre no se movía. Brigitte comprendió que no podría acercarse a él sin ser vista, y por fin optó por encogerse de hombros y recurrir a uno de sus trucos. Hubiese preferido golpear al hombre solamente, pero no tenía más remedio que hacerle pasar un rato peor. Sacó la cajita de plástico, y de ella una esfera de cristal de unos dos centímetros de diámetro. La dejó en el suelo, guardó la cajita, y recogió la esfera. Se incorporó y tiró la esfera hacia el hombre… En el profundo silencio se oyó un suave ruido de cristal roto, un leve estallido, y, en el acto, el cigarrillo cayó de la boca del hombre. Un humillo fugaz apareció cerca de su cabeza, allá donde había reventado la pequeña esfera. El hombre movió la mano hacia debajo de su chaqueta, pero ni siquiera tuvo tiempo de tocar la pistola, porque cayó fulminado.

* * *

—Bien —suspiró Santiago Robles—, no hay más, señor Chaney. Espero que todo termine satisfactoriamente.

Cienfuegos estrechó la mano que le tendía el tropicano. Luego cogió el portafolios, y ambos se dirigieron hacia la puerta del pequeño despacho.

—No hay duda sobre eso, señor Robles. Pronto tendrá noticias nuestras al respecto.

—Hubo momentos en que temí que ellos lo echaran todo a perder. En cuanto a esa mujer…

—No se preocupe —sonrió Carlos—. He tenido noticias de Washington sobre ella, y le aseguro que nada debemos temer. Su verdadero nombre es Brigitte Montfort, de profesión periodista. Trabaja en un diario matutino de Nueva York, el Morning News. Aparte de eso —la sonrisa de Cienfuegos se amplió burlonamente— la señorita Montfort tiene otra… actividad que ahora no viene al caso, pero que no la enfrentará a nosotros.

—Lo importante es que no haya ingerencias.

—No las habrá. A las cinco un helicóptero pasará por mi villa a recogerme.

—Buen viaje… Y espero tener pronto noticias.

—Prometido.

Volvieron a estrecharse la mano, y salieron al vestíbulo. Santiago Robles acompañó a Cienfuegos hasta la puerta, la abrió, y miró hacia la verja.

—Torcuato le abrirá… Buenas noches, señor Chaney.

—Hasta la vista.

La puerta se cerró. Cienfuegos fue a su automóvil, entró, dejó el portafolios y puso en marcha el motor, conduciendo seguidamente hacia las verjas. Detuvo el coche a unos pocos metros y frunció el ceño al no ver al hombre que se las había abierto cuando llegó minutos antes.

—Torcuato —llamó.

—No te molestes, querido: está dormido… ¡No te muevas!

La voz de Brigitte había sonado tras él, dentro del coche La sorpresa de Cienfuegos fue grande, pero breve.

—Buen trabajo, señorita Montort —elogió—. La CIA efectivamente puede estar satisfecha de usted. En cuanto a mí…

¡Clock! El fuerte golpe resonó en la cabeza de Cienfuegos como un petardo, y el hombre fue impulsado hacia delante casi inconsciente. Quiso volverse protegiéndose la cabeza con un brazo y llevando la otra mano a la axila izquierda. Pero el segundo golpe le acertó de lleno detrás de la oreja derecha, privándole del conocimiento. Cayó de lado en asiento delantero, ocupándolo todo. Baby lo movió hacia un lado, no sin dificultades, dado el peso del atleta. Luego pasó al asiento delantero sin salir del coche, sacó el portafolios de debajo del cuerpo de Cienfuegos, y lo abrió. Vio el grueso fajo de folios y los sacó, pero no pudo leer nada a la insuficiente luz lunar. Se apeó, abrió rápidamente la verja, salió con el coche y de nuevo se apeó para volver a cerrarla.

Condujo el coche de Cienfuegos hacia el lugar donde había ocultado el suyo, dejándolo muy cerca Sacó un rollo de esparadrapo de su equipo y con varias tiras ató fuertemente las muñecas y los tobillos de su adversario. Cuando fuese necesario quitar el esparadrapo las muñecas del falso mejicano iban a sufrir una depilación muy poco agradable pero eran gajes del oficio…

Finalmente se las arregló para trasladar a Cienfuegos al coche de ella, escondió el de él todavía más hacia el interior de la espesura, y regresó otra vez al suyo.

Sacó una cajita pequeña, apenas como la mitad de un paquete corriente de cigarrillos y conectó en una esquina una diminuta bombilla protegida por caperuza de aluminio. Extrajo los folios que contenía la cartera de mano, los colocó en el asiento y tomó la primera fotografía a la vívida luz del fogonazo recogido y concentrado del flash. Pasó el primer folio y tomó la siguiente fotografía, y luego otra, y otra, y otra…

En menos de tres minutos, y casi agotada ya la carga de cincuenta fotos de la pequeña cámara especial había tomado las fotografías de los treinta y siete folios de grueso papel. Los guardó entonces de nuevo en la cartera, sonrió, y se apeó de coche. Accionó la radio.

—¿Comandante Romero? —inquirió.

—A sus órdenes, señorita Luján.

—¿Me ha seguido?

—Sí. Y le advierto que sé lo que acaba de hacer.

—Vaya inmediatamente a buscar a Sebastián Torres y dígale que lo espero dentro de cuarenta minutos en la villa.

—Le advertimos que no debía…

—No sea estúpido. Ni usted ni nadie va a enseñarme nada en asuntos de esta clase. Ah, dígale a Torres que acuda con los quinientos mil dólares. Sin bromas.

—Está bien.

La voz de Romero fue seca, dura, áspera, pero esto le importaba muy poco a Brigitte, que se dirigió sonriendo hacia la villa de Santiago Robles, a la que entró por el cómodo y sencillo procedimiento de empujar las verjas que había dejado sólo ajustadas. Llegó rápidamente a la puerta de la casa, que encontró cerrada. Retrocedió, y se dedicó a estudiar los posibles accesos, eligiendo finalmente uno de los balcones. Se subió a la balaustrada de la terraza y alargó los brazos; las manos quedaron a un palmo escaso del balcón. Era un salto peligroso, pero sabía que la cerradura de la puerta de la casa no sería fácil de forzar, así que tenía que decidirse. Saltó, y su mano derecha se agarró con fuerza a uno de los barrotes de hierro forjado del balcón. La izquierda subió

inmediatamente y se aferró a otro barrote. El resto fue fácil. En un par de segundos se encontró en el balcón, cuyas puertas estaban abiertas. Desde allí mismo veía en la cama a Santiago Robles, cuyo sueño debía de ser mucho, ya que indudablemente se había acostado apenas Cienfuegos hubo abandonado la casa…

Brigitte entró en el dormitorio, apoyó la punta de su silenciosa pistola en la garganta de Santiago Robles, y dijo:

—Tenga la bondad de despertarse, señor Robles.

Éste se agitó, abrió los ojos, vio al resplandor de la luna la figura inclinada sobre él, y soltó un respingo, iniciando un gesto para incorporarse. Pero la pistola se lo impidió, presionando en su garganta.

—No se ponga nervioso.

—Pero… Señorita Luján… ¿Es usted?

—En efecto. No perdamos tiempo. Vístase.

—Pero… ¿qué hace usted aquí, qué… qué significa esto…?

—Significa que nunca debemos pensar que somos los únicos listos, señor Robles. Es algo que deberá tener muy en cuenta en el futuro. Y ahora, si no quiere que le rompa la cabeza a golpes de pistola, levántese, vístase, y salgamos de la casa… Nos están esperando. Y me gusta ser siempre muy puntual.

Santiago Robles se resignó, comprendiendo que aquella mujer tenía que ganar, de un modo u otro, y que no había nadie que pudiera impedírselo.

Capítulo IX

Sebastián Torres llegó, a toda prisa, apenas tres minutos más tarde de la hora en que Brigitte lo había citado por medio de Lucas Romero. Se dirigió en el acto hacia Brigitte, que lo esperaba cómodamente sentada en una mecedora en el pórtico de la villa, fumando un aromático cigarrillo.

—Señorita Montfort: nuestras instrucciones respecto a…

—Siéntese, señor Torres —indicó amablemente Brigitte la mecedora colocada ante la que ella ocupaba—. La comodidad es primordial para sostener una conversación interesante.

Torres se sentó. Estaba malhumorado, y se notaba perfectamente en sus gestos y en la acritud de sus palabras:

—Usted ha tomado fotografías de esos documentos. Romero vio los fogonazos de un flash, así que sabemos…

—¿Ha traído los quinientos mil dólares?

—Sí, pero no se los…

—Magnífico. ¿Están en esa hermosa cartera?

Torres crispó las manos en el abultado portafolios.

—Le advertí que no le daría ni un centavo si usted examinaba esos documentos.

—No los he examinado —aseguró Brigitte—. Me fue imposible leer siquiera una palabra de lo que en ellos se explica. Sin embargo sí pude fotografiarlos, tal como el comandante Romero tan «sagazmente» ha comprendido. En estos momentos la cámara que contiene la película está escondida en cierto lugar.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Señor Torres, yo ignoro sobre qué tratan esos documentos. Pero puedo saberlo revelando esas micro fotos que he tomado. Ahora bien, si usted me da el dinero y viene conmigo, desarmado, yo le entregaré el portafolios de Cienfuegos y la cámara. Además le entregaré a Cienfuegos y a Santiago Robles, ambos vivos. De este

modo yo tendré la seguridad de que me voy con mi dinero tan trabajosamente ganado, y usted se queda con unos documentos de cuyo contenido yo no tengo ni idea.

Sebastián Torres, que la miraba fijamente, masculló:

—De acuerdo.

Brigitte se echó a reír.

—¡No es tan fácil como usted cree…! Naturalmente está pensando en hacerme alguna… cochinada, pero le aseguro que soy hueso duro de roer. Usted vendrá conmigo a la playa, allí le entregaré los documentos y la cámara con las fotos, y usted me entregará la cartera con los quinientos mil dólares. Entonces, puesto que usted estará desarmado, yo podré irme tranquilamente en la lancha que han tenido la gentileza de poner a mi disposición. Usted me comprende y disculpa, ¿verdad, señor Torres?

—Está bien… Es usted muy astuta.

—Querido, eso es elemental en mi profesión. ¿Vamos allá?

—Vamos. Su equipaje…

—Por favor —volvió a reír la divina—… Con quinientos mil dólares puedo comprar los vestidos de toda la Quinta Avenida… Bueno, no tanto, pero en fin… No perdamos más tiempo. En primer lugar le mostraré a los señores Robles y Cienfuegos, bien amarrados y a su disposición.

Fueron a la playa, y, efectivamente, Sebastián Torres vio a los dos personajes mencionados tendidos en el suelo del cobertizo, junto al patín. Estaban sólidamente atados y amordazados.

—El traidor y el espía —sonrió Brigitte—. Como ve yo siempre gano y cumplo. Ahora vayamos hacia la lancha. Y otra cosa: llame por la radio que lleva en el bolsillo y dígale al comandante Romero que no se acerque. Desde el primer momento me resultó antipático.

—El comandante Romero está lejos de aquí —gruñó Torres.

—El comandante Romero está muy cerca de nosotros, esperando el momento en que usted le dé la señal para intervenir. —La espía sonrió mimosamente, pero con un fondo de perfidia que erizó el vello a Torres—… Dígale que se aleje…, a menos que prefiera que le meta a usted ahora mismo una bala en el vientre.

Torres tragó saliva, mirando la pistola que de pronto había aparecido en la mano de Brigitte Montfort apuntando a su estómago. Con gesto de derrota, sacó la radio y pulsó el botón de

llamada.

—Aléjese, Romero —dijo enseguida.

—Pero…

—¡Le ordeno que se aleje!

—Sí señor.

Torres se guardó la radio, mirando hoscamente a Brigitte.

—¿Satisfecha? —farfulló.

—Muy satisfecha —rió ella—. Tenga los documentos, deme el dinero, y en paz.

—Primero la cámara, señorita Montfort.

—Oh, sí… Un momento.

Brigitte se inclinó, dejó el portafolios en la arena, y su mano se hundió en ésta, removiéndola… Tardó pocos segundos en sacar un paquete envuelto en plástico, que tiró a las manos de Sebastián Torres.

—¿Esto es la cámara?

—Por supuesto. ¿Mi dinero? —Hubo un cambio de portafolios y acto seguido Brigitte señaló con la pistola hacia el interior de la isla —. Tenga la bondad de alejarse. Camine dándome la espalda, naturalmente. Y, por favor, no se vuelva. Si lo hace lo mataré.

Sebastián Torres supo que la amenaza era por completo en serio, de modo que dio media vuelta y comenzó a alejarse. Sólo se volvió cuando hacía ya algunos segundos que se oía el motor de la lancha alejándose. Y, en efecto, la lancha estaba ya a más de cincuenta brazas mar adentro cuando el tropicano la miró. Soltó entonces un gruñido, y recurrió a la radio.

—Romero, venga inmediatamente al cobertizo de la villa. ¡Y que vengan también Ginés y Abelardo!

Se dirigió hacia el cobertizo al que Romero y otros dos hombres llegaron cuando él acababa de golpear con el pie por segunda vez a Santiago Robles.

—Es muy sencillo, Robles —decía Torres—. En esta cartera tengo los documentos que conceden la opción de la explotación petrolífera. Como usted sabe, el nombre del País beneficiario está en blanco, de modo que podré utilizarlos en mi propio beneficio. Usted y Néstor Alcántara ya habían decidido conceder esa opción a Estados Unidos, y el señor Cienfuegos…, o como se llame, era el encargado de llevar la opción a su país, para que allí fuesen

estudiados los términos comerciales por unos expertos. Porque el señor Cienfuegos no es un espía, sino un agente… comercial del Gobierno de los Estados Unidos. Una especie de espía, es cierto, pero poco… preparado para afrontar a un verdadero espía como la señorita Montfort, la cual, sin saberlo, ha trabajado contra los intereses económicos y energéticos de su país.

—Por medio asqueroso millón de dólares —gruñó Romero.

—No sea bobo, Lucas —rió Torres—. La señorita Montfort lleva un portafolios lleno solamente de recortes de periódicos que al tacto pueden parecer billetes. Pero además hay otra cosa: en cuanto la señorita Montfort abra el portafolios temo que no van a quedar de ella ni los huesos… Una bomba bien preparada en la cartera reventará ésta en mil pedazos, y a la señorita Montfort posiblemente en muchos más… La señorita Montfort no es tan lista como ella se esfuerza en creer… Dentro de un minuto, o una hora, saltará en pedazos por los aires. En cuanto a los señores Cienfuegos y Robles temo que también van a tener que morir. Pero antes quisiera que el señor Robles conociera todo mi plan. ¿Quiere oírlo, Robles?

Sonriendo, Torres miró al ministro de Relaciones Comerciales, que se limitaba a mirarlo, igual que hacía Cienfuegos.

—Me parece que no están muy satisfechos —rió secamente Lucas Romero.

—Es natural. Pero, como le decía, Robles… Mañana, yo, Sebastián Torres, seré el presidente de la República de Trópico… ¿Cómo? Fíjese qué sencillamente: dentro de unos minutos me entrevistaré con unos hombres que representan a un país que, como Estados Unidos, también quiere adquirir los derechos de explotación petrolífera de los grandes yacimientos submarinos existente en nuestras aguas jurisdiccionales. Esos magníficos pozos que tenemos en el fondo de nuestras playas son muy codiciables, ¿no es cierto? Pues serán para el país que yo he elegido y con dos de cuyos representantes sostengo tratos desde hace algunas semanas. Lo mismo esos hombres que yo pudimos quitarle los documentos a Cienfuegos y matarlos a usted y a él, pero preferimos que haya cierto… descontento hacia Estados Unidos. De este modo, cuando yo, mañana, tras «averiguar» que la señorita Luján era una agente de la CIA y que el señor Cienfuegos era un agente del

Gobierno de Estados Unidos, ordene que la explotación de nuestros pozos sea concedida a otro país, el pueblo estará conforme conmigo…, con su nuevo presidente. Y al mismo tiempo que accederé a la presidencia percibiré, de modo muy… discreto, cinco millones de dólares para mi uso particular, de manos de esos dos hombres representantes del país al cual concederé la explotación de los pozos submarinos de petróleo…

Sebastián Torres parecía muy satisfecho de sí mismo. Encendió un cigarrillo, sonriendo, y miró hacia el mar.

—No se ve la lancha —musitó Romero—, ni ha habido explosión alguna…

—La señorita Montfort no es persona impaciente. Todavía esperará más tiempo antes de querer disfrutar de placer de contemplar su dinero.

—No deberíamos entretenernos más.

—Sólo un momento, Lucas. —Torres se volvió de nuevo hacia Robles y Cienfuegos—… Está claro, señores, que para que yo sea el nuevo presidente de Trópico, el actual, nuestro querido Néstor, debe… desaparecer. Eso es lo que va a ocurrir. Mañana será hallado asesinado en sus aposentos, de lo cual el comandante Romero va a encargarse muy… eficazmente. ¿No es cierto, Lucas?

—Será un placer —sonrió Romero, mostrando sus dientes de lobo.

—Entonces —prosiguió Torres— yo mostraré los documentos, diré que a Néstor le obligaron a firmarlos unos agentes de la CIA y del Gobierno de los Estados Unidos, y que terminaron por asesinarlo… Consecuentemente, y en una magnífica labor, nosotros conseguimos a nuestra vez alcanzar y matar a esos asesinos esta madrugada. Al mismo tiempo matamos también al señor Robles, que estaba en combinación traidora con los agentes norteamericanos para proporcionarles esa explotación petrolífera. Seré… el héroe del día, el héroe de Trópico. Por varios motivos: habré castigado a los asesinos de Néstor Alcántara, habré castigado al traidor Santiago Robles, habré recuperado los documentos que partían hacia Estados Unidos, país que, según parecerá, no habría vacilado en ordenar el asesinato de Néstor Alcántara con tal de conseguir esa explotación petrolífera… Entonces, aparte de haber hecho todo esto proporcionaré a Trópico un nuevo país comprador

de nuestro petróleo, lo cual traerá una época de bienestar en la República de Trópico. Y después de haber hecho tantas cosas… ¿quién no votaría por mí cuando presentase formalmente mi candidatura a la presidencia? Matadlos a los dos. La última frase la dijo secamente, casi violentamente, volviendo ya la espalda.

Ginés y Abelardo sacaron sus pistolas, pero Torres pareció pensarlo mejor, y los contuvo.

—Esperad todavía unos minutos, hasta que Lucas y yo nos hayamos marchado. Iremos a ver a esos dos hombres, a entregarles los documentos y a cobrar los cinco millones de dólares. Luego va sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, señor Torres.

Éste se alejó, seguido de Lucas Romero. Los dos asesinos esperaron a oír, procedente de la villa, el sonido del motor de su automóvil.

—¿Ya? —susurró Ginés.

—Claro. ¿Por qué esperar más?

Los dos alzaron sus pistolas…

Plop.

Plop.

Fue como los taponazos de dos descorches de botellas de champán. Abelardo y Ginés se encogieron, se estremecieron… Las pistolas cayeron de sus manos y ellos se volvieron, tambaleantes…

Plop.

Plop.

De nuevo recibió cada uno un balazo, ahora en el corazón. Abelardo saltó hacia atrás, y Ginés cayó de rodillas, estupefacta su última expresión… Un segundo después, empapada en agua de mar, Brigitte Montfort aparecía sonriendo ante los desconcertados Robles y Cienfuegos.

—Recurrí de nuevo al tonto truco de poner poco combustible en la lancha, Carlos —dijo la espía—. Ya la encontrarán cualquier día, a la deriva. Espero que me perdones el mal rato que os he hecho pasar, pero era necesario. Y ahora vamos a buscar a esos traidores.

Mientras hablaba les había quitado las mordazas en primer lugar, y Cienfuegos, apenas pudo hablar, lo hizo rápidamente, jadeando.

—Quise decirte… que era agente de…

—Ahora ya lo sé todo, querido —sonrió humorísticamente Brigitte—. Aunque ya imaginé algo cuando supe que eres norteamericano y que hay petróleo en Trópico.

—Hay que darse prisa —jadeó Robles—. ¡Esos canallas van a asesinar a Néstor Alcántara!

—Todavía no. Primero han de ver a esos dos agentes de otro país que están dispuestos a pagar cinco millones de dólares extra para asegurarse la explotación de los derechos petrolíferos.

—¿Lo has oído todo?

—Prácticamente todo. Salté de la lancha enseguida tras fijar el volante y meter algunas cosas en esta bolsa de plástico.

—El dinero que te dio Torres…

—Oh, vamos, Carlos, no soy tan ingenua. Sé que no jugaba limpio. Seguramente eran papelotes, o billetes falsos… Y además debe de haber colocado un explosivo en la cartera… ¿Me equivoco?

—No… No te equivocas, bruja —sonrió Cienfuegos.

—Van a matar a Néstor —insistió Robles.

—Cálmese —aconsejo sosegadamente Brigitte.

Abrió la bolsita de plástico y sacó una radio de tamaño poco apropiado para llevarla en el bolsillo, pero de mucha más potencia. La accionó, y en el acto se oyó la voz masculina:

—Hola, querida. ¿Todo bien en la playa?

—Todo perfecto. ¿Y ellos?

—Viajando en coche, como yo.

—¿Dónde estáis ahora?

—Sería difícil de explicar… ¿Está el señor Robles contigo?

—Claro.

—Pues id al coche, conduce tú, y que él atienda la radio, ya que conoce perfectamente Trópico. Yo le iré diciendo por dónde vamos, y él te irá dando indicaciones respecto al camino que debes seguir para alcanzarme.

—Perfecto. Hasta ahora.

—Besos, divina.

Capítulo X

Uno de los hombres abrió el portafolios, sacó las gruesas hojas de papel de buena calidad, miró la primera, la segunda… Bruscamente su expresión satisfecha, codiciosa, desapareció. Durante un segundo estuvo estupefacto. De pronto palideció y miró airadamente a Sebastián Torres.

—¿Qué significa esto? —inquirió fríamente.

—¿Qué…?

—¡Esto! —Le tiró los papeles furiosamente, tras hojearlos deprisa—. ¡Explíqueme con claridad qué clase de broma es ésta!

Torres y Romero estaban ya recogiendo los folios que habían caído al suelo, y los ordenaban con manos temblorosas, la mitad cada uno. Ya recogidos, Torres los examinó ansiosamente, y lanzó una exclamación de rabia, de incredulidad…

Salvo los dos primeros folios del paquete, en todos los demás, con gruesos trazos de color rojo, había dibujados algunos cocoteros, o una villa deliciosa, o un sol infantil, o una lanchita en el mar, o un tiburón rondando la costa, o flores, o un platanero, o gaviotas y nubes… Y debajo de cada uno de los rápidos y defectuosos aunque simpáticos dibujos, frases como éstas: Visite Trópico, el paraíso del trópico… Trópico, país ideal para sus vacaciones… Trópico le recibirá con simpatía… Salude a sus amistades desde el maravilloso país situado en el trópico… Flores de Trópico, flores de amistad… Trópico, país libre para las personas libres… Todo es maravilloso en Trópico… Quien visita Trópico una vez… Los dibujos y las frases se sucedían, marcados con tinta roja indeleble en los importantísimos documentos. Había caricaturas típicas de bailadoras de rumba, de cacatúas, de vendedores ambulantes de cocos…

—Romero y Sebastián Torres se miraron, palidísimos. Parecían a punto de desmayarse, y sus barbillas comenzaron a temblar convulsivamente de rabia, de miedo, al comprender el hecho

innegable de que habían sido burlados, y que consecuentemente, habían perdido el control que creían tener sobre la situación.

—Debe… debe de haber algún error —tartamudeó por fin casi temblando Torres—… Estos documentos no son válidos.

—¡Claro que no son válidos! ¡Se reirían de nosotros si presentásemos estos documentos como todo derecho a la explotación petrolífera de su país!

—Pero… no entiendo… Les juro que no comprendo… ¡Esa maldita espía nos ha engañado! Pero ahora ella está muerta… Debió de sospechar algo y… ¡Maldita sea mil veces! ¡Lucas, ¿no se dio cuenta de que ella hacía esto con los documentos?!

—Nnnnooo… Lo siento…

—¡Lo siente! ¡Es usted un…!

—Las discusiones entre ustedes no van a solucionar nada —dijo acremente uno de los sujetos.

—No sé qué hacer ahora —se lamentó Torres—… Bueno, creo que deberíamos esperar a… a que sea nombrado presidente… Entonces yo mismo les extenderé unos nuevos documentos, incluso más concretos y completos que éstos…

Los dos agentes extranjeros se miraron. Uno de ellos dio un paseo por el saloncito de la casa que habían ocupado a su llegada a Trópico. De pronto se detuvo y miró fijamente a Torres.

—Mucho temo que las cosas se hayan complicado demasiado. Por otra parte, no nos satisface su proyecto de convertirse en presidente de Trópico.

—¡Un momento! ¡Eso no tiene nada que ver con…!

—Déjeme terminar. Usted nos ha contado una historia que piensa endosarle a su pueblo, y me parece… aceptable que quiera engañarlos a todos. Es una forma más de entender la política, yo incluso diría que la más habitual… Sin embargo, dadas las actuales circunstancias opino que debo regresar a mi país y comunicar la verdad de lo que aquí está ocurriendo.

—¿Por qué? —chilló Torres.

—Porque ya hemos tenido muchos tropiezos con la CIA en particular y con Estados Unidos en general. No queremos tantos líos. Creo que mis superiores deben ser informados de la verdad respecto a todo lo que ha sucedido en Trópico.

—Pero… ¡pero eso es innecesario! Ustedes pueden contar allí lo

que yo he explicado…

—No sea cretino, Torres —sonrió secamente el hombre—. ¿Cree que vamos a ocultar algo a nuestro servicio en beneficio de usted?

—Pero… si cuentan la verdad quizá su país decida… retirarse de esto…

—Casi seguro.

—¡Entonces yo perdería cinco millones de dólares!

—Casi seguro también —sonrió el otro.

Sebastián Torres se pasó una mano por la frente, nervioso. De pronto sacó una pistola y apuntó a los extranjeros.

—Les diré lo que va a suceder aquí, señores —masculló—… Los voy a matar a ustedes y me voy a quedar con el dinero. Luego Romero y yo sólo tendremos que decir a sus compañeros que vengan a investigar sus muertes, que fueron agentes de la CIA quienes los mataron y se llevaron los cinco millones de dólares. Así que… ¡entréguenme esa cartera!

El que llevaba la voz cantante de los dos espías extranjeros miró la gruesa cartera que contenía cinco millones en billetes de alta nominación. Luego miró a Torres.

—Usted está loco —dijo despectivamente—. Nuestro servicio de espionaje descubriría la verdad, se lo aseguro. Y ustedes no…

Torres apretó el gatillo de su pistola, repetidamente, sin transición, a toda prisa… Las balas salieron silenciosas, casi en chorro, hacia los dos hombres, que recibieron de lleno los pesados proyectiles. Parecieron sacudidos por un vendaval, empujados contra la pared del fondo, chocando uno contra otro, intentando agarrarse a los muebles… Todavía de pie, rebotaron contra la pared, y cayeron al suelo como machacados, llenos de salpicaduras y borbotones de sangre…

Durante un par de segundos Torres y Romero contemplaron inmóviles aquellos cadáveres retorcidos, ensangrentados. Luego Lucas Romero fue hacia ellos y los examinó brevemente.

—Están muertos.

—Mejor.

—Esto es una locura. Ellos abrirán una investigación, sabrán la verdad… Su servicio de espionaje es de los mejores del mundo…

—Tendrán que creer lo que nosotros les digamos.

—Lo dudo.

—¡Tendrán que creerlo! Ahora yo me encargo del dinero y de hacerlo llegar a Suiza… Tendremos que esperar para disfrutarlo, pero no importará siendo yo presidente. Usted vaya a cumplir su parte, Lucas: vaya a palacio y mate a Néstor Alcántara. ¡Es parte del plan, tiene que salir así o todo estará perdido!

—De acuerdo —se decidió Romero tras breve titubeo.

Fue a la puerta, la abrió…, y retrocedió, pálido como un muerto, ante la pistola que empuñaba aquel atleta bronceado, de dura mirada. El cual no dijo ni una palabra. Torres, que había empezado a examinar el dinero que contenía la gran cartera de piel, lo reconoció apenas verlo aparecer.

—Nathaniel… —jadeó.

—Hola, Sebastián. ¿Cómo te va?

—¿Qué… qué haces aquí…?

—Pasaba por casualidad —sonrió irónicamente Nathan—, y me dije que debía saludarte e interesarme por la chica que te recomendé. ¿Te ha dado resultado?

—Escucha… No tengo tiempo ahora para… para conversar.

—No hace falta, querido amigo: ya lo sé todo. Todo.

—Nathaniel, no te metas en esto… Tú siempre has respetado las interioridades de los demás países, igual que quieres que respeten los secretos y vida interior del tuyo…

—Eres un cerdo de lo más inmundo, Sebastián, pero voy a ayudarte. Os ahorraré trabajo. En lugar de tener que ir al Palacio del Gobierno a asesinar a Néstor, podéis asesinarlo aquí.

Torres no comprendía. Pero quedó lívido como un muerto cuando Néstor Alcántara entró en la casa, sereno, mirándolo tan inexpresivamente que Torres se preguntó si tan siquiera el presidente sabía algo…

—Te estoy muy agradecido, Nathaniel —murmuró Alcántara—. Y tendré que estar de acuerdo con tu padre, mi querido vecino, en que eres un espía sensacional. Gracias, muchacho.

—Usted se merecía esta ayuda —aseguró Nathan.

—Quiero dar las gracias también a tu amiga, la señorita Montfort, de la cual me hablaste antes de la fiesta, por su sentido de la justicia y la honradez. ¿Me está oyendo, señorita Montfort?

—Perfectamente —aseguró Brigitte, apareciendo.

Y detrás de ella aparecieron Carlos Cienfuegos y Santiago

Robles. Todo estaba tan claro, tan rotundamente explicado con aquellas sucesivas apariciones, que Sebastián Torres dejó caer la cabeza sobre el pecho, derrotado. Pero Lucas Romero lanzó un grito de rabia y sacó velozmente su pistola…, mientras recibía en pleno corazón el balazo disparado por Nathan, que sin inmutarse en absoluto apuntó a Torres, el cual parecía petrificado.

—No quiero tener que ejecutar en mi patria a un traidor, Sebastián —murmuró Néstor Alcántara—, pero tú tienes la palabra: te concedo dos minutos de soledad para reflexionar y… decidir.

Dio la vuelta y salió de la casa. Tras él lo hicieron los demás. Nathan fue el último, sin descuidar la vigilancia ni un instante. Se reunieron todos afuera, silenciosos, sombríos…

Cuando sonó el disparo dentro de la casa, Alcántara musitó:

—Por lo menos habrá que agradecerle que nos haya evitado hacer un juicio por traición que habría sido bochornoso para todos.

—Voy a ver si está muerto —dijo Brigitte.

Entró rápidamente en la casa. Pero tardaba tanto en salir que Nathan, de pronto, lanzó una exclamación y corrió hacia allí, seguido de los demás. Brigitte no estaba en la casa… En ésta sólo había cadáveres… y una ventana de una habitación de atrás abierta. Nathan miró hacia donde había visto antes la gran cartera que contenía cinco millones de dólares, y sonrió ampliamente.

—Ya no la encontraremos —aseguró—… La bruja ha volado en su escoba.

Este es el final

—Sencillamente fabuloso, hijita —suspiró Charles Alan Pitzer de nuevo—… Jamás comprenderé cómo consigue usted estos éxitos tan… escandalosos.

—Así consigo que usted me visite —rió Brigitte.

—Eso puedo hacerlo siempre que usted lo desee. Todavía no pierdo la esperanza de que algún día…

—Confórmese con el dinero, tío Charlie —Brigitte bebió otro sorbo de champán—. No se puede tener todo en la vida. En cualquier caso admita que entregarle cuatro millones y medio de dólares para los fondos sociales de la CIA no lo hace cualquier agente…

—Un telegrama, señorita —apareció Peggy en el salón, con la bandeja de plata en las manos, que colocó ante Brigitte.

Sentada en el confortable sofá, Brigitte leyó el telegrama, sonriendo, y terminó soltando una deliciosa carcajada que mosqueó a Pitzer.

—¿No puedo leerlo? —Gruñó el jefe de espías.

—Por supuesto que sí, querido tío Charlie. Tenga, lea.

> QUE OS APROVECHEN LOS CINCO MILLONES STOP PERO YA SABES QUE EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD Y EL AMOR SÍ LO CONSIGUE STOP TE ADMIRA Y AMA SIEMPRE. NATHAN

—Quienquiera que sea este Nathan, aquí habla de cinco millones —dijo Pitzer—. Usted sólo me ha entregado cuatro y medio.

—Querido, yo tuve un contrato y cumplí mi parte. Por tanto merezco el pago… ¿O cree usted que los espías trabajamos gratis?

—Es usted ambiciosa y egoísta, pero adorable, Brigitte.

—Adiós, tío Charlie —le tiró ella un beso con los deditos.

Pitzer movió una mano para atrapar el beso en el aire, y se lo llevó a los labios, poniendo los ojos en blanco.

—Delicioso beso —aseguró, camino de la puerta.

Poco después Peggy entraba nuevamente en el salón, vestida para salir y diciendo que Jonás la esperaba abajo con el coche.

—Muy bien —asintió Brigitte—. Espero que te hayas informado bien respecto a esa entidad para ancianos tan necesitada de fondos. Entregas en la dirección este cheque de mi cuenta secreta de Suiza, así que nada de revelar mi nombre como donante, ¿entendido?

—Personas que dan mucho menos de quinientos mil dólares se pasan la vida alardeando de ello, señorita.

—Nosotras no tenemos que alardear de nada, querida. Simplemente, lo hacemos.

Y poco después, sola en su dormitorio, Brigitte se contemplaba pensativamente en el espejo del tocador.

—Brigitte, nena mía —se sonrió—, es posible que dentro de unos años, si te dejan llegar a vieja, precises de un lugar tranquilo para morir al sol… Entonces sería bueno que alguien regalase medio millón de dólares a tu entidad benéfica para ancianitos. Pero… ¿de qué estás hablando, encanto? Han de pasar siglos antes de que te quedes arrugadita y sin dientes… Porque, cariño, lo que es hoy en día estás divina… ¿No es cierto, nena mía?

Y soltó una carcajada.

FIN

Notas

[1] Nathan es, junto a Brigitte, el personaje central de la aventura titulada Subasta en Capri. < <

[2] Trópico es un país imaginario. <<

[3] Lin Yuey es uno de los personajes que aparecen en la aventura doble de Brigitte titulada «Objeto 777». < <